

M. GIL-MASCARELL BOSCA Y C. ARANEGUI GASCO

El poblamiento del bajo Palancia en época ibérica

La finalidad de este artículo es reunir una serie de noticias y datos que se refieren a la época ibérica y que se sitúan dentro de una región natural centrada arqueológicamente en torno a la ciudad de Sagunto. Estos materiales, tomados de una documentación dispersa, irregular y, en ocasiones, de escasa difusión, se presentan para contribuir a una mejor comprensión del ambiente en el que se desarrolló ese punto capital que, destacado por su importancia en los acontecimientos de la Segunda Guerra Púnica, es Arse-Saguntum.

La problemática acerca de nuestro conocimiento de la Cultura Ibérica en el área en cuestión muestra las deficiencias propias de las zonas que, habiendo sido objeto de prospecciones intensas, no han merecido una atención sistemática a nivel de excavaciones y, a la vez, contando con un poblamiento denso a lo largo de los tiempos y con una agricultura importante, han experimentado transformaciones de envergadura en detrimento de la conservación de sus yacimientos, por lo que, a la hora de presentar un estado de la cuestión de su arqueología, se hace preciso recurrir a generalizaciones e imprecisiones que hacen de este propósito una tarea ciertamente poco brillante.

Sin embargo, hay que reconocer que estas recopilaciones son de alguna

utilidad, ya que permiten una mejor aproximación al conocimiento de una de las etapas culturales de la zona y desmontan la visión individualizada de un gran centro arqueológico, permitiendo exponer su problemática con unas bases de estudio más amplias, dentro de las cuales la importancia del mismo se concibe de manera más coherente.

Situándonos en el momento de la Cultura Ibérica inicial, el Bajo Palancia muestra las dificultades habituales con que nos encontramos en la provincia de Valencia, en la que, atendiendo a hechos generalizados, advertimos una intensificación del poblamiento que, en determinados puntos, constata una perduración de lugares de habitación que se remonta a la Cultura del Bronce Valenciano y que se evidencia por los restos materiales, como sería el caso de El Palmeral, el Tossalet de les Panses, la Muntanya Redona (o Montalt), el Mont dels Terrers o la Lloma del Saler en el término de Albalat dels Tarongers, o en el Castell de Segart (Segart), o en El Rabosero de Sagunto; pero, careciendo de estratigrafías o cronologías claras, las circunstancias de esta continuidad se encuadran en un contexto poco explícito del que únicamente puede decirse que, aparentemente, el género de vida de la Edad del Bronce es objeto de una larga pervivencia que se interrumpe con claridad y de manera comprobable a lo largo del siglo V a. de C. con la aparición de la Cultura Ibérica. De momento no se vislumbran estadios intermedios que, clasificables como propios de un Hierro I de tipo europeo o atribuibles a las influencias mediterráneas de las colonizaciones, denoten una facies preibérica medianamente bien documentada.

No obstante, el proceso de iberización de los siglos V-IV a. de C. se implanta con fuerza, siguiendo el curso del río Palancia, con la aparición de poblados con restos defensivos, cerámicas y materiales que demuestran sus contactos externos con la participación del medio indígena, que experimenta una aceleración de sus modos de vida y adopta un aspecto cultural específico, con creaciones originales, que es lo que conocemos con el nombre de Cultura Ibérica.

En lo que afecta al poblamiento, se aprecia ahora la fluidez y valoración de la vía de penetración que es el Palancia, a lo largo del cual proliferan los establecimientos, que, de norte a sur, tienen sus mejores exponentes en Riera (Alfara de Algimia), El Rabosero (Torres-Torres), la Muntanya dels Arcs (Estivella), el Tossalet de les Panses (Albalat dels Tarongers), la Muntanya Rodana (Petrés) y, finalmente, Sagunto, que cierra como plaza fuerte esta ruta natural, con una situación estratégica de primer orden. Además, la gran cantidad de centros que han dado restos de época ibérica permite una articulación a un segundo nivel que es el de considerar, con las debidas reservas dado el desconocimiento de detalle, establecimientos principales y otros secundarios, presumiblemente subsidiarios de los pri-

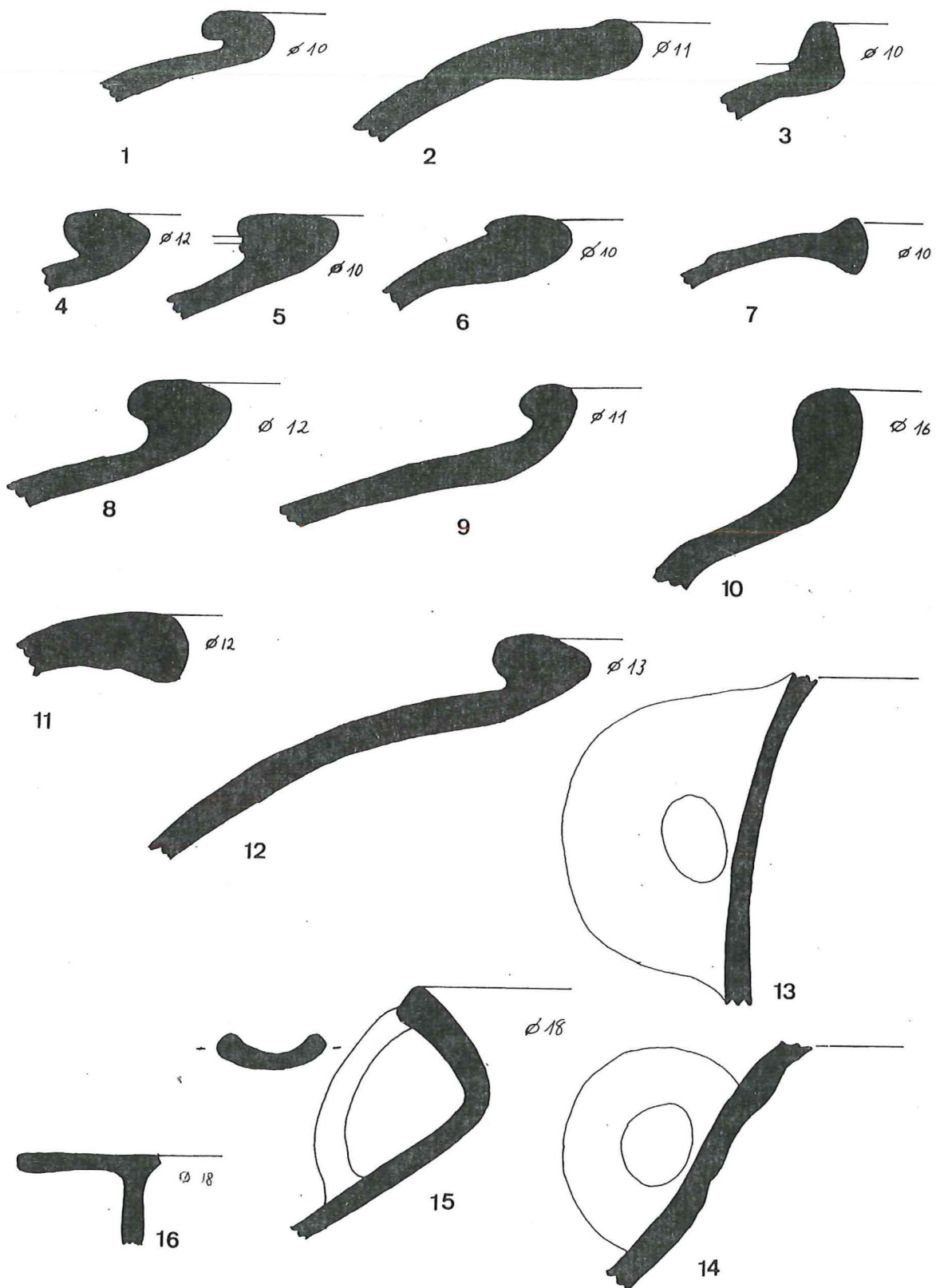


Fig. 1.—El Rabosero (Torres-Torres). Bordes de ánforas, de un sombrero de copa y de una vasija de cerámica ibérica.

meros, especialmente cuando lo que de ellos sabemos se reduce al hallazgo de un horno de cerámica o alguna instalación que ha dado casi exclusivamente pesos de telar, etc., lo que denota una actividad concreta que podemos pensar que gira en torno a las necesidades de uno de los centros capitales, explicándose también de esta manera la concentración y abundancia de lugares con hallazgos.

Si concedemos a la Cultura Ibérica una duración de alrededor de cuatro siglos, estableciendo la romanización de hecho en época de Augusto, nos encontramos con la imposibilidad de especificar la evolución interna de su cultura material. Para poder esquematizar esta cuestión tendríamos que tener un mejor conocimiento de los datos cronológicos que aportan las cerámicas importadas y los mismos materiales ibéricos, muy escasamente conservados. A pesar de ello y aunque sólo sea a título preliminar, pudiera ser sintomático el resultado obtenido recientemente de la revisión de las importaciones griegas que nos ha facilitado P. Rouillard y que sitúa los fragmentos de mayor antigüedad, fechables hacia el 500 a. de C. o poco después, en el Castillo de Sagunto, con un fragmento de figuras negras tardío, y en el litoral del área del Grau Vell, con un fragmento de cerámica ática de barniz negro hallado superficialmente por Facundo Roca, de cronología similar. Ya en el siglo IV hay cerámica de figuras rojas, además de en los lugares citados, en El Rabosero de Torres-Torres y en el Castell de Segart —y es de suponer que en otros puntos—, presentándose las campanienses en un número creciente de sitios. También los restos de cerámica ibérica muestran, a través de sus decoraciones, ejemplares que van desde los motivos geométricos sencillos a las composiciones con elementos fitomorfos y con representaciones humanas, centrándose éstas en el Castillo de Sagunto, que ha proporcionado muestras fragmentarias de estilo narrativo, como el de Liria, y algunas de tipo más esquemático. Algunas, según noticias, se encontraron en las inmediaciones de un horno señalado por Monzó Nogués a orillas del Palancia y se conservan en el Museo de Sagunto (fig. 5 núm. 1 a 5). Otras se hallaron en excavaciones antiguas, a veces con restos que confirman su fecha avanzada.

Para la presentación de los yacimientos (lám. I) hemos recurrido básicamente a los trabajos de Monzó Nogués; Santiago Bru y Vidal; Enrique Pla Ballester, quien publicó una lista exhaustiva de yacimientos en 1963, y Enrique Llobregat Conesa, que ha publicado los materiales de la colección Monzó Nogués conservados en el Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia, y hemos añadido los datos complementarios en cada caso. Citamos abreviadamente esta bibliografía, reseñándola ampliamente al final del trabajo, eludiendo la repetición de la publicación de Pla Ballester que afecta a cada uno de los lugares que a continuación se citan.

LOS YACIMIENTOS

Término de Alfara de Algimia

Riera.—En la partida de Riera, al NE. del pueblo, existe un altozano cuyos lados, cortados casi a pico, caen sobre el río Palancia. En su cima se hallaron fragmentos de cerámica basta decorada con cordones aplicados y unguilaciones, ibérica con decoración geométrica y floral, a veces realizada sobre engobe, un fragmento de molino barquiforme y pesos de telar decorados con líneas de puntos y círculos incisos (Monzó Nogués, 1946, 75; Llobregat Conesa, 1962, 42).

Canyá Ferrera.—Restos de cerámica ibérica encontrados entre la carretera de Zaragoza, la montaña de Edsa y el Picaio.

Alfara de Algimia.—En el cajón número 78 de los almacenes del SIP, y sin indicación concreta de su procedencia, se encuentran depositados: una especie de astrágalo hecho de barro y varios fragmentos de cerámica ibérica con decoración geométrica.

Término de Algimia de Alfara

En este término se hallaron materiales ibéricos que fueron clasificados por Bosch como pertenecientes a los siglos IV y III a. de C. (Bosch Gimpera, 1923, 624).

Finca de la viuda de Falcó.—En esta propiedad se encontró abundante cerámica ibérica decorada con temas geométricos y florales sencillos.

Término de Torres-Torres

El Rabosero.—A cuatro kilómetros de la población de Torres-Torres, en una pequeña elevación formada por dos montículos a la derecha del río y situado entre éste y la antigua vía férrea, se halla enclavado el poblado que nos ocupa. Su existencia es conocida desde antiguo, habiendo sido publicado por Almarche (Almarche, 1928, 149), en cuyo tiempo podían apreciarse restos de edificaciones que hoy han desaparecido casi por completo

debido a las labores agrícolas, como hemos podido comprobar visitando el lugar.

Entre los restos que de allí proceden destaca un fragmento de cerámica de figuras rojas (Pla Ballester, 1963, 35-40) que se completa, en cuanto a las cerámicas importadas, con dos fragmentos de campaniense A y parte de una pátera de campaniense B de la forma 5 de Lamboglia, señalando Almarche (ob. cit.) la existencia de cerámicas con “las típicas palmetas impresas del más puro estilo griego”. La cerámica ibérica, muy abundante, ofrece urnas, platos, sombreros de copa y oinochoai decorados con motivos geométricos: circunferencias concéntricas, zigzags, rombos, etc., así como pesos de telar y fragmentos de ánforas (fig. 1); pero quizá entre los objetos más interesantes, hoy perdidos, convenga destacar los fragmentos de esculturas de barro cocido que representan parte de un tronco y patas de una figura de toro, el tronco completo de una representación femenina y una cabeza humana de diseño simple, rasgos acusados y forma plana, como las de Ibiza, a lo que hay que añadir un “ídolo” de plata que estuvo en la Exposición Arqueológica Valenciana de 1878 (Llobregat Conesa, 1962, 42-43), todo lo cual contribuye a dar a este yacimiento una importancia grande a lo largo de toda la época ibérica (Ballester Tormo, 1945, 248; Bru y Vidal, 1958, 147).

Canaletes y Aspillera.—Según Bosch, en estos lugares habría dos yacimientos ibéricos pertenecientes al siglo III a. de C., por su semejanza con San Antonio de Calaceite (Bosch Gimpera, 1923, 624, y 1929, 79).

Término de Estivella

Mont dels Terrers.—En este lugar se encuentran dos puntos de interés arqueológico, uno de los cuales ha dado restos de cerámica ibérica, estando constituido el otro por los vestigios de un horno de alfarería (Monzó Nogués, 1946, 34, y 1954, 15). La estación presenta murallas que han sido calificadas de ciclópeas (Llobregat Conesa, 1972, 62).

Beselga.—Yacimiento situado sobre un montículo en el que existe un castillo medieval a cuyos pies pasa el camino de Barraix-Náquera. En su parte alta, junto con cerámica árabe y medieval, apareció cerámica ibérica de sección rojiza y gris sin pintar (Monzó Nogués, 1946, 77), así como un borde de sombrero de copa con decoración geométrica y algunos fragmentos de cerámica gris (Llobregat Conesa, 1972, 64-65).

Els Arcs.—En diversos puntos de esta partida aparecieron numerosos

fragmentos de cerámica ibérica y romana. De la Muntanya dels Arcs procede cerámica ibérica con decoración geométrica, un fragmento de campaniense B y alguno de sigillata hispánica (Monzó Nogués, 1946, 71; Llobregat Conesa, 1972, 66).

Término de Albalat dels Tarongers

La Caixa.—Partida situada al E. del pueblo, en donde apareció abundante cerámica ibérica con decoración geométrica y, también, tres pesos de telar (Monzó Nogués, 1946, 68; Bru y Vidal, 1958, 147; Llobregat Conesa, 1972, 65).

La Muntanyeta.—Lugar en donde se han encontrado restos ibéricos y romanos. En su punto más alto, cerca del río, aparecieron fragmentos cerámicos bastos sin decoración, hallados próximos a unos amontonamientos de piedras, presumiblemente ibéricos. En la falda de mediodía, junto al camino de Petrés, sirviendo de base a un ribazo, se señala un horno ibérico y, en el campo superior, grandes fragmentos de cerámica basta sin pintar, pertenecientes al parecer a urnas cinerarias. Por último, en la parte baja, junto a la acequia mayor, restos de tejas romanas (Monzó Nogués, 1946, 64).

La Cloxeta.—Situada en la partida de Les Panses y en un campo de algarrobos, apareció cerámica ibérica con decoración geométrica y tres pesos de telar (Monzó Nogués, 1946, 68; Llobregat Conesa, 1972, 65).

Tossalet de les Panses.—Montaña cercana al pueblo, en la partida de Les Panses, en cuya vertiente oriental afloran superficialmente restos de murallas, así como cerámica de la Edad del Bronce e ibérica con decoración de circunferencias y bandas, algún fragmento de sombrero de copa, de cerámica gris, fusayolas, manos de mortero y un fragmento de campaniense B que parece de imitación local (Llobregat Conesa, 1972, 68). En la vertiente sur abundan los restos romanos (Gómez Serrano, 1933, 62; Monzó Nogués, 1946, 66; Bru y Vidal, 1958, 147).

El Planet.—Rellano inclinado hacia el río, situado entre Gausa, el barranco de Segart o Palmeral, Els Terrers y el Barranquet de Putjol. En el ángulo formado por la carretera de Segart y el ferrocarril se encontró cerámica ibérica basta y romana, y junto a la acequia de Gausa hay restos de un horno de alfarería ibérico que ha dado cerámica pintada con circun-

ferencias y semicircunferencias incluso en la base del anillo del pie de los vasos (Llobregat Conesa, 1972, 70).

Al desmontar el terreno entre la carretera de Segart y el barranco del mismo nombre, se descubrieron más de cien pesos de telar de alturas comprendidas entre los 2 y los 40 cm., así como piezas de cerámica ibérica, restos de ánforas romanas y sigillata (Monzó Nogués, 1946, 65 y 130).

El Palmeral.—En esta partida existen dos estaciones con restos ibéricos. La primera está situada sobre un cerro enclavado en el lugar donde se unen el barranco de La Murta con el del Palmeral, y en ella se aprecian superficialmente fragmentos de cerámica de la Edad del Bronce e ibéricos.

La segunda está en el collado existente al SO. del cerro anterior, en donde se ven restos de muros de un metro de altura por 20 ó 30 cm. de grosor, así como otros que señalan paredes de habitaciones de 2 m. de longitud aproximadamente. La cerámica en este punto es ibérica y de él proceden unas pinzas de bronce que se conservan en el Museo de Prehistoria de Valencia (Monzó Nogués, 1946, 79; Llobregat Conesa, 1972, 64).

La Murta.—En esta partida, en la parte llana, existe un horno cerámico ibérico, que Monzó llama “de cubo” por su forma (Monzó Nogués, 1946, 36 y 39). Tiene las paredes de barro, de un grosor de unos 12 a 15 cm., endurecidas por la acción del fuego; alrededor son abundantes los fragmentos de cerámica.

La Muntanya Redona o Montalt.—Elevación en cuya cima afloran restos de muros, así como fragmentos de cerámica de la Edad del Bronce, cerámica ibérica basta sin decorar, terra sigillata, cerámica común romana y tientos medievales (Monzó Nogués, 1946, 33; Navarro y Esteve, 1944, 197; La labor del SIP, 1954, 43; Llobregat Conesa, 1972, 73-74).

Lloma del Saler.—Es un montículo que, por el mediodía, separa el paraje de La Comediana de la llanura valenciana; en su cumbre se hallaron restos de la Edad del Bronce e ibéricos (Monzó Nogués, 1946, 118).

Barranc del Pla de l’Ajub.—En la parte final del barranco aparecen abundantes restos de cerámica ibérica, así como se indica un alfar en su orilla izquierda con cerámica a medio cocer o sin cocer, mezclada con cenizas (Monzó Nogués, 1946, 66 y 140; Bru y Vidal, 1958, 147).

El Clot del Barranc: Camp de Nelo.—De esta procedencia se conservan tres fragmentos de cerámica ibérica sin decorar de forma indeterminada (Llobregat Conesa, 1972, 66).

Cerro del Calvario.—Situado al O. del Camí dels Arcs, muestra superficialmente abundantes restos cerámicos de pasta grosera o fina, destacando entre esta última la decorada con motivos geométricos. De aquí proceden también 14 pesos de telar, restos de sigillata y cerámica medieval (Llobregat Conesa, 1972, 68-70), y se tiene noticia de que, a fines del siglo pasado, fueron descubiertas seis urnas cinerarias.

Les Forquetes o el Piló.—Junto al apeadero del ferrocarril han aparecido algunos fragmentos de cerámica ibérica, además de cerámicas medievales y un fragmento de sigillata hispánica, forma Drag. 29 (Monzó Nogués, 1946, 80; Llobregat Conesa, 1972, 72).

Término de Petrés

Rodana.—Pequeño cerro situado al pie de la ladera norte de la Muntanya Rodana. En su cima se hallaron restos de cerámica ibérica con decoración geométrica, 7 pesos de telar y sigillata hispánica (Monzó Nogués, 1946, 69; Llobregat Conesa, 1972, 71-72).

Término de Gilet

La Font de la Vidrera.—En la parte norte de la fuente, en un cerrito que hay junto al cementerio de los frailes del Sant Espirit, existe un poblado ibérico romanizado. Superficialmente se encuentran fragmentos de cerámica ibérica y campaniense, así como trozos de sigillata, tégulas y fragmentos de ánforas romanas, en pequeña parte depositados en el pequeño museo del convento, en donde hemos tomado nota de:

- Un pie de copa de cerámica de tipo campaniense, con barniz irisado por su parte externa, estando en reserva el interior del mismo (fig. 2, núm. 1).
- Un pie de pátera de las mismas características de pasta y barniz y también reservado por el interior, con una roseta de 8 pétalos en estampilla circular (fig. 2, núm. 2).

- Un asa de copa de tipo campaniense, con barniz negro sin reflejos y diluido en zonas.
- Un fragmento de pie de pátera de tipo campaniense, barnizado por toda su superficie.

Estos materiales indican una cronología que se podría fijar entre los siglos III y II a. de C.

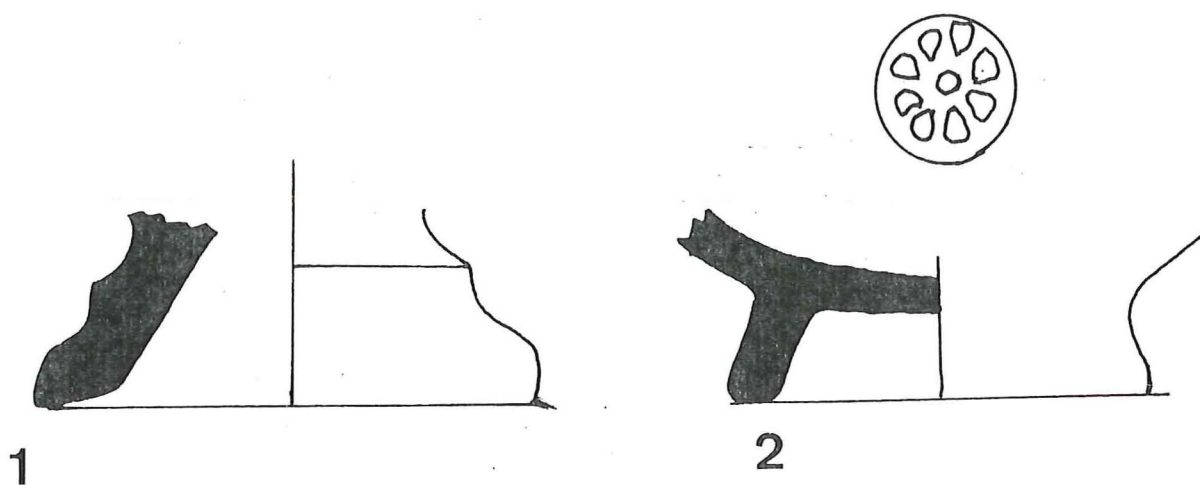


Fig. 2.—La Font de la Vidrera (Gilet). Fragmentos de cerámica de barniz negro.

Término de Segart

Castell de Segart.—Al O. de la población y sobre un cerro en el cual quedan restos de época medieval, se halló un fragmento de cerámica de figuras rojas, además de otros de cerámica ibérica con decoración geométrica y medievales (Llobregat Conesa, 1972, 75).

Término de Sagunto

El Sabató.—En la llanura situada en la parte N. de Sagunto que descien-
de en declive hacia el río Palancia y está cerrada al O. por las montañas
Negra y Rubí, se hallaron restos de paredes y cerámica ibérica y romana
(Monzó Nogués, 1946, 76; Bru y Vidal, 1958, 69).

Partida del Terrer.—En 1923, en la partida de este nombre, a 4 Km. de

la ciudad, sacando tierra unos obreros con destino a un ladrillar adyacente a la estación del ferrocarril, apareció a metro y medio de profundidad y sobre una capa de piedras sueltas una escultura que representaba un toro echado.

La noticia fue dada por González Simancas (González Simancas, 1923 bis, 1924 y 1925-26), sin que hasta la fecha se haya realizado un estudio monográfico de esta interesante pieza (lám. II), que se conserva en el Museo de Sagunto y que representa un bóvido acostado sobre sus patas dobladas, como el toro de El Molar (Alicante), que se prolongan por un plinto de sustentación que sirve con ellas de base a toda la figura (Llobregat Conesa, 1966, núm. 1). Es una de las piezas importantes del arte ibérico y la manifestación más septentrional de su gran escultura animalística en piedra. Ha perdido los cuernos y presenta las fauces cerradas con los dientes a la vista. Tiene el valor expresivo concentrado en la cabeza, que muestra incisiones que subrayan los ojos almendrados, la nariz y la boca. Los volúmenes del cuerpo están perfectamente logrados mediante planos suaves, y el rabo se eleva por encima de la pata trasera derecha, formando una anilla sobre el anca. Está labrado sobre la piedra oscura propia del país y en una sola pieza. Su longitud máxima es de 60 cm., y su altura máxima, de 53 cm.

Cabeçol de Molvedre.—En la partida de Montíber, al NO. de Sagunto y a unos cien metros de la carretera de Barcelona, separado del macizo del Castillo por una cañada, hay un montículo que presenta una cima oval, en la que se aprecian restos de muros probablemente medievales. Superficialmente aparecen fragmentos de cerámica ibérica pintada, pesos de telar, “cerámica helenística” (Gómez Serrano, 1931, 73) y también restos romanos.

Montíber.—En el macizo montañoso denominado Montíber, al N. del tramo final del Palancia, fueron señalados diez hornos cerámicos (Monzó Nogués, 1946, 62) —dato de dudosa comprobación—, así como numerosos puntos con cerámica ibérica instalados sobre cerros que se levantan a orillas del río. Esta área ha ofrecido también restos romanos (Chabret, 1888, vol. II, 29-32).

El Rabosero.—Cerro aislado y de difícil acceso, situado al NO. del camino de Liria y a 1 Km. aproximadamente del Castillo de Sagunto. En él se conservan restos de un muro defensivo formado por grandes sillares, y se ve en un ángulo un gran amontonamiento de piedras que quizá pudieran corresponder a una torre derruida. Habiendo visitado el lugar, no pudimos

apreciar sobre el mismo restos de habitaciones, dándonos la impresión de que, por su situación, proporción de los muros que se conservan y extensión del recinto, más que un poblado, pudiera tratarse de una instalación exclusivamente defensiva.

Superficialmente la cerámica es poco típica y escasa, destacando algún fragmento de la Edad del Bronce e ibérico con decoración geométrica (Gómez Serrano, 1931, 77-78).

Lloma Matoses.—En su vertiente N., junto al barranco de Caldera, hay noticias de la existencia de dos hornos cerámicos, así como de cerámica ibérica y romana (Monzó Nogués, 1946, 73).

Lloma Caldera.—En la cima del cerro y en su ladera sur abunda la cerámica ibérica (Monzó Nogués, 1946, 73).

Càrcer.—Sobre un cerro denominado “El Castellet”, sito en la partida de Càrcer, se halló una fíbula (Monzó Nogués, 1946, 75; Bru y Vidal, 1958, 168).

La Bona Junta.—A la izquierda de la carretera de Les Valls y cerca del Jub de Nelo, han aparecido tégulas, ímbrices, restos de ánforas y cerámica ibérica y romana (Monzó Nogués, 1946, 73; Bru y Vidal, 1958, 165).

Palmosa.—De este lugar, situado al N. de la ciudad de Sagunto, se conservan restos de una jarra de cerámica ibérica con decoración geométrica, un fondo de pátera de campaniense A y algunos pesos de telar (Llobregat Conesa, 1972, 71).

El Grau Vell.—En la partida de Al Tamarit, al sur de la desembocadura del Palancia, estuvo el Grao de Sagunto hasta que, en 1907, se construyó el nuevo puerto. Esta zona queda unida a la ciudad por el Camino Viejo del Mar, y en ella, junto al cuartel de carabineros abandonado, se han llevado a cabo dos campañas de excavaciones, en 1974 y 1976, respectivamente (Aranegui, 1976, 41-46). La sucesión estratigráfica ha revelado un poblamiento del lugar que se prolonga desde comienzos del siglo IV a. de C. hasta el final del Imperio romano, siendo uno de los resultados más interesantes el haber comprobado la existencia de un hábitat a orillas del mar y en terreno llano datable a partir de la primera etapa de la Cultura Ibérica.

Los materiales ibéricos no son demasiado abundantes, dado que fueron hallados en los niveles finales, fangosos por la proximidad del mar y muy

destrozados por la continuidad del establecimiento ya citada; pero pueden mencionarse algunas piezas áticas (Aranegui, 1977, en prensa) del primer tercio del siglo IV a. de C. (lám. II, 1), algunos fragmentos áticos de figuras rojas de la primera mitad del siglo IV y otros de barniz negro ático de la segunda mitad de este mismo siglo. La pieza de mayor antigüedad no fue hallada en la excavación, sino superficialmente, como se ha indicado, y podría fecharse en torno al 500, a juicio de P. Rouillard (lám. II, 2). Hay también trozos de cerámica de tipo Gnathia y campaniense y acompañan todas estas importaciones cerámicas ibéricas, algunas grises y fragmentos de ánforas ibero-púnicas.

La interpretación que pueda darse a este hábitat, indudablemente relacionado con el poblado principal de Sagunto, se reduce a la constatación del desarrollo de un barrio marítimo cuya extensión e importancia se hacen difíciles de precisar, sobre todo si tratamos de ver su evolución a lo largo de los ocho siglos en que estuvo en uso. Delante del yacimiento se advierten restos de diques hundidos en el mar (Bru y Vidal, 1963 bis, 174), pero faltan comprobaciones que clarifiquen su época de construcción, dificultosas en una zona de aguas enturbiadas por los desechos de la Planta Siderúrgica; sin embargo, su emplazamiento y características permiten afirmar que era éste el punto por donde la antigua ciudad de Sagunto salía al mar, realizando la función de puerto de la misma y entendiendo esta función dentro de los límites propios de cada etapa cronológica a lo largo de las que transcurre (Aranegui, 1976, 41-46). Ya para una época romana avanzada, la existencia de una necrópolis con enterramientos de tégulas a doble vertiente y alguna inscripción funeraria en los terrenos contiguos (González Simancas, 1945, y Beltrán, 1958, 165), completan la imagen de la pervivencia de este núcleo.

EL CASTILLO DE SAGUNTO

El castillo de Sagunto se asienta sobre un cerro que se desprende del macizo montañoso de la Calderona y avanza hacia el mar sobre la orilla derecha del Palancia. Dicho cerro está coronado por una estratégica meseta de un kilómetro de extensión, prolongada en forma de arco y defendida en algunos lugares por fuertes escarpes (fig. 3). Es de escasa altura, pero, por encontrarse aislado, domina desde su cima la llanura valenciana y parte de la Plana de Castellón, controlando, de esta manera, la vía de la costa. Pero, además, también canaliza el camino de salida de Aragón al mar, ya que está emplazado junto a la actual carretera Teruel-Valencia,

paso natural y transitado en todas las épocas. Por todo ello no es de extrañar que su cima haya sido habitada hasta épocas recientes, con las consiguientes destrucciones y construcciones de edificios (lám. III).

La ciudad ibérica, como suele ocurrir cuando encima de las ruinas antiguas hay una potente masa de establecimientos, ha quedado bastante inutilizada para la investigación arqueológica. Las exploraciones y excavaciones realizadas hasta la fecha han tenido siempre una doble finalidad: por un lado, recuperar los restos visibles entre las ruinas y, por otro, comprobar las noticias históricas referentes al origen de la ciudad y su defensa contra Aníbal. El primero ha sido cumplido desde antiguo, dando en todo tiempo restos arquitectónicos y escultóricos, conservados en el Museo o en poder de particulares. Del segundo, tras las excavaciones de González Simancas y Beltrán, se han ido esclareciendo y confirmando ciertos puntos, como los referentes a su origen —negando su filiación griega—; sin embargo, estos trabajos han sido a todas luces insuficientes a la hora de intentar un estudio y síntesis del poblado ibérico de Sagunto.

En efecto, continuamos sin poder precisar su extensión, estructura urbana, sistema defensivo, etc., así como la existencia de edificios públicos,

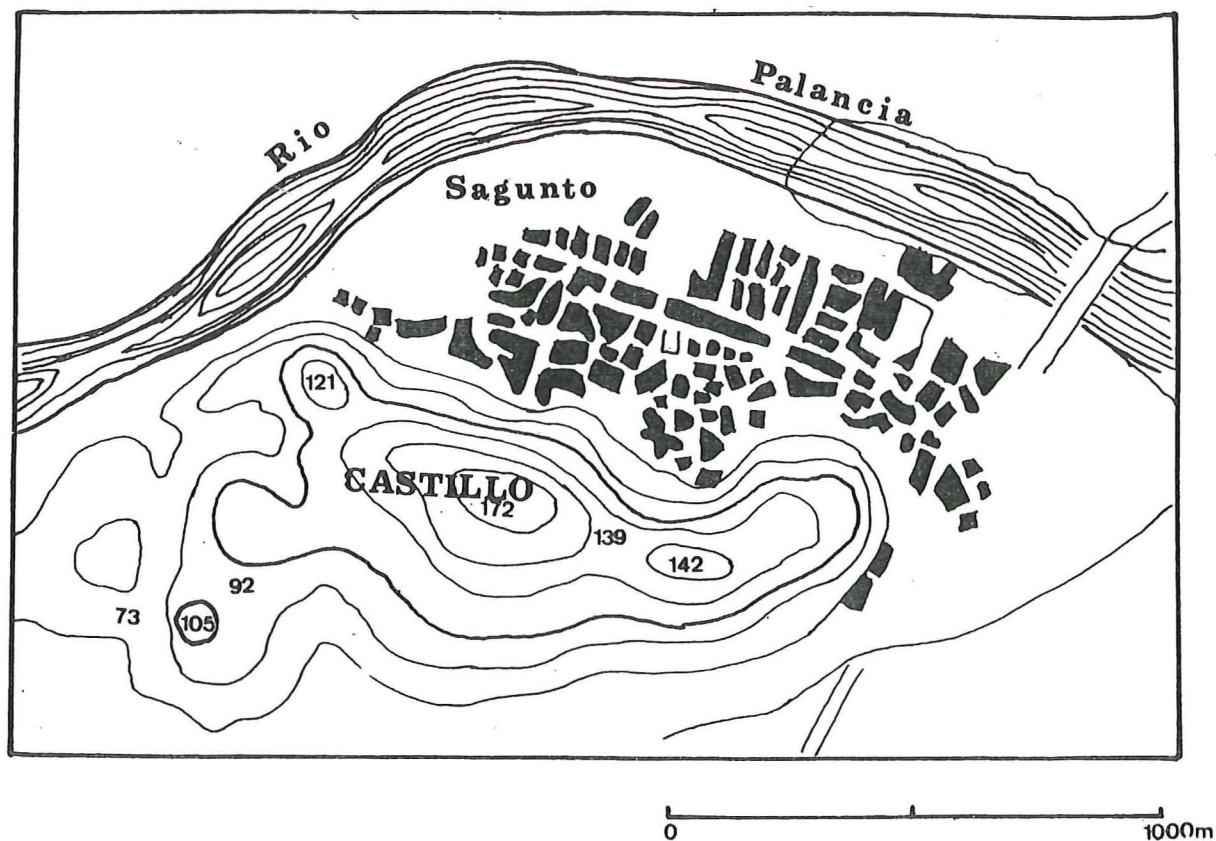


Fig. 3.—Situación del Castillo de Sagunto.

tanto civiles como religiosos, que, según la descripción de las fuentes clásicas, debieron existir. Finalmente, los materiales ibéricos llegados a nosotros son muy escasos, al tiempo que desconocemos su estratigrafía e incluso su lugar de aparición, por lo que muy poco nos pueden aportar, a no ser la contribución para trazar las líneas más generales de la cronología del poblado.

Esta falta de datos, si es lamentable en cualquier yacimiento, lo es mucho más en el caso que nos ocupa. En efecto, Sagunto es, probablemente, la población ibérica de la costa mediterránea de la que los textos nos dejaron más noticias. Este interés de los clásicos radica en el papel que desempeñó en los diversos acontecimientos bélicos de la época. Pero, junto a este papel político, también conviene resaltar su importancia económica. Hay que tener en cuenta que fue una floreciente ciudad con base económica agrícola, pero con un fuerte y desarrollado comercio, como lo demuestra el hecho de ser, junto con Saitabi, las dos únicas ciudades del País Valenciano que acuñaron moneda durante la época ibérica. Debió de gozar, pues, de gran prestigio entre los pueblos de la comarca, y además tuvo que estar muy en contacto con las factorías griegas, como la misma moneda confirma. Por lo tanto, el conocimiento exhaustivo de este importante yacimiento nos ayudaría, sin ninguna duda, a rellenar muchas de las lagunas existentes para la comprensión de la Cultura Ibérica, y fundamentalmente en sus aspectos económicos, de los que tan necesitados nos encontramos, si queremos llegar a conocer algún día sus mecanismos internos.

Como se desprende de todo lo dicho hasta ahora, resulta imposible realizar una síntesis de lo que fue la ciudad ibérica de Sagunto. Nuestra aportación, por lo tanto, no puede ser otra que la de reunir y sistematizar las excavaciones y estudios que sobre Sagunto se han venido realizando. Empezaremos, pues, con el sistema defensivo.

La muralla prerromana

Hasta no hace mucho, cuando se hablaba de Sagunto se seguía repitiendo de una manera invariable lo que los escritores antiguos habían dicho sobre la fundación y vida de los saguntinos prerromanos. El francés Laborde fue el primero que realizó un plano del Castillo, con las cimentaciones y otros restos constructivos de la época antigua (Laborde, 1811, 88). Más tarde, Chabret (Chabret, 1888, 12) hace hincapié en los restos situados al E. y NE. del Castillo, y que llamó "ciclópeos", labrados por los iberos a base de "pedregones y sin cemento alguno que los una". Este

mismo tipo de muro vuelve a aparecer frente al espolón de la batería del Dos de Mayo, formando una torre cuadrada cuyo frente mide 13'50 m. de extensión.

Por su parte, P. Paris cree que Chabret está en un error y que estas murallas "ciclópeas" son de época reciente, y sólo en el lado SO., sobre la rápida pendiente, se levantan trozos de murallas más antiguas (Paris, 1903, 17). Posteriormente cambia de opinión y dice que "de la población ibérica pueden proceder los dos o tres trozos de murallas del tipo que se ha convenido en llamar ciclópeo, construcciones colosales que se encuentran

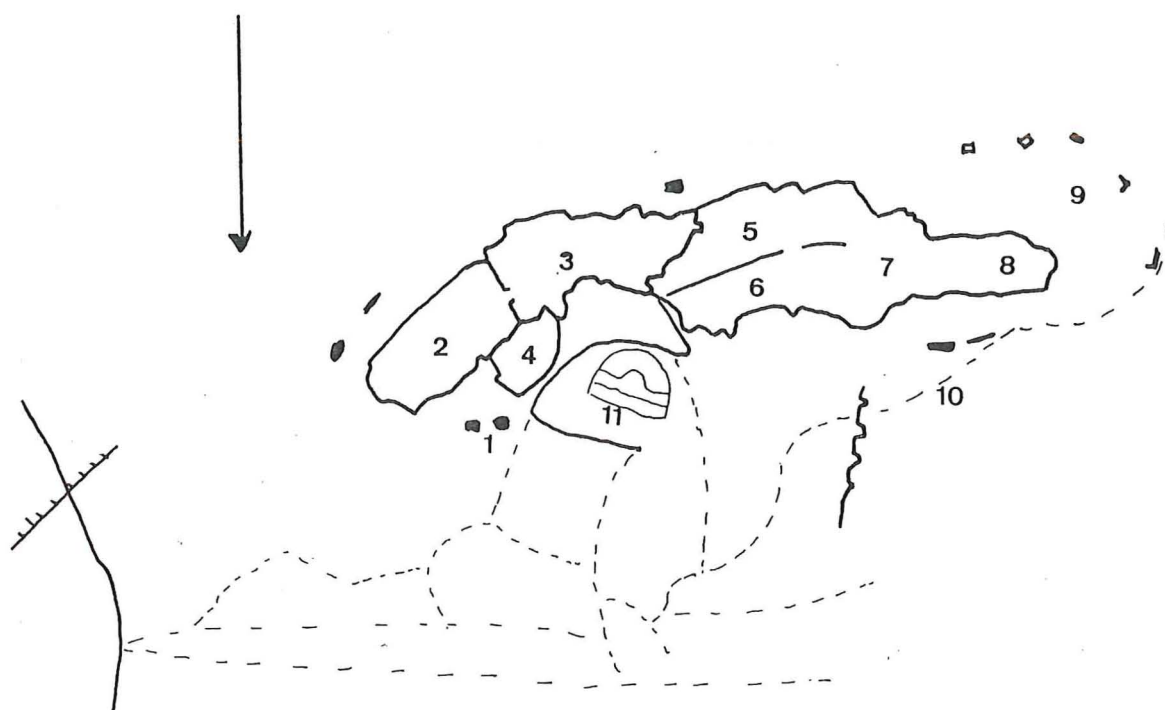


Fig. 4.—Plano de los recintos del Castillo de Sagunto. 1: Tres Castelléts. 2: Plaza de Almenara. 3: Plaza de Armas. 4: Plaza Conejera. 5: Plaza de San Fernando. 6: Plaza de los Estudiantes. 7: Ciudadela. 8: Plaza del Dos de Mayo. 9: Tres Pouets.

al sur, este y oeste de la fortaleza, sobre el borde del cerro, estando las piedras colocadas de un modo infantil y bárbaro" (Paris, 1920, 53). Más tarde añade que de la cintura ciclópea no quedan más que raros vestigios.

Almarche manifiesta que, "en cuanto a las obras del cinto primitivo de la acrópolis, con grandísima dificultad se puede ver la obra indígena de alguno que otro trozo en que aparezcan los amontonamientos artificiales de rocas, para formar lo que se ha llamado muros ciclópeos, y es que los estratos de las piedras que forman el monte sobre el que descansa el

Castillo, produce constantemente el espejismo de series de muros, rotos perpendicularmente por la acción de fenómenos físicos, y allí aparecen otros tantos muros, cuando no son más que un producto natural de desgaste" (Almarche, 1918, 135).

Por su parte, González Simancas (González Simancas, 1923, 15) opina que los autores anteriores no vieron todos los restos de las primitivas defensas, que forman una línea que bordea la fortaleza de este a oeste por la vertiente meridional, limitando por completo la acrópolis, y que de las partes que se conservan existe una notable desigualdad que revela las reparaciones o modificaciones llevadas a cabo en época remota y por gentes de diversas culturas. Los restos de muros "más rudos y al parecer primitivos" se encuentran, según el citado autor, en el flanco oriental en nivel algo inferior al de la meseta, en el paraje denominado *Tres Castelletts*, donde quedan hiladas de grandes piedras sin labrar. "Las otras obras, las que se labraron con mayor perfección y que vienen a ser semejantes a las del cinto griego de Ampurias, siguen formando trozos más o menos extensos por toda la línea que rodea al Castillo por la vertiente occidental y SO.", lugar éste denominado *Tres Pouets*, en el que, además de los restos de las murallas citadas, aparecen edificios sin explorar y construidos de manera más perfecta que los anteriores. "De las otras fábricas, la más antigua, al parecer, la situada al norte de la Plaza de Armas, con contrafuertes robustos, con piedras talladas con almohadillado", no son, como Chabret y Paris creyeron, romanas, sino que, según Simancas, son obra de los cartagineses cuando se asentaron en la acrópolis y tuvieron necesidad de reforzar aquel punto, por ser el más vulnerable (González Simancas, 1923, 18).

Para P. Beltrán (Beltrán, 1956, 133), de la antigua muralla "llamada impropriamente ciclópea", se conserva sólo una parte en la región escarpada que mira hacia el mar y en la llamada *Tres Pouets*. En esta zona, situada fuera del actual recinto del Castillo, se conservan, además de la citada muralla ibérica, restos de muros pertenecientes a esta misma cultura, por lo general de modestas proporciones y que, según Beltrán, corresponden por su estructura a un poblado de tipo análogo al de San Miguel de Liria. Pero, por desgracia, en esta zona más intacta, las labores agrícolas y la explotación de una cantera han inutilizado en gran medida parte del poblado ibérico.

Recientemente y en esta misma zona, el SIP realizó una campaña de excavaciones bajo la dirección de Rouillard, que se situó al pie de uno de los lienzos de la muralla con el fin de precisar su cronología.

Podíamos resumir que la opinión de los autores que se han dedicado a la localización de la primitiva muralla prerromana coincide, con dife-

rencias de matiz, en situarla a extramuros de las recientes fortificaciones. En la actualidad, sólo se han realizado excavaciones, como dijimos, en la zona dels *Tres Pouets*, confirmándose su filiación ibérica. Sin embargo, sería interesante que estos trabajos se realizaran en otras zonas, y de esta manera se podría trazar, aunque fuera de manera aproximada, el perímetro de la ciudad prerromana.

El Castillo¹

Los muros del Castillo presentan aspectos variadísimos, desde los muros romanos de piedras labradas, hasta las paredes medievales de tapial y los modernos cubos, espolones y baterías de cantería. Sucede allí lo mismo que en otras fortalezas medievales, que los tapias de sus muros fueron fabricados con la tierra inmediata, por lo cual al pie de ellos no hay tierra o procede de acarreo y, por lo tanto, no tiene valor estratigráfico; por el contrario, en todas las roturas de los muros afloran tiestos de todas clases: ibéricos, campanienses, sigillatas, etc., que nos demuestran la procedencia del material utilizado para su construcción.

Dentro del recinto del Castillo, las construcciones modernas de cantería (espolones, baterías, polvorines, cuarteles, etc.) absorbieron grandes cantidades de material antiguo. En tiempo de la guerra de Sucesión, los vecinos de Sagunto fortificaron el Castillo aprovechando materiales romanos. En esta ocasión y durante el siglo XIX la transformación o deformación de los monumentos descritos por Escolano, Lumiares, Boix, etc., quedaron ocultos dentro de las nuevas edificaciones. Demolidas éstas recientemente, aparecieron de nuevo los datos antiguos y volvieron a salir los restos de edificios señalados por los autores del siglo XVI y XVII. Todo esto nos ayudará a formarnos una idea del estado en que se encuentra el recinto interior, con la serie de demoliciones y reformas a las que ha estado sujeto a través de los tiempos.

Los árabes reorganizaron las fortificaciones dividiendo el recinto en plazas, a modo de extensos reductos, estado en el que se encuentra en la actualidad y cuya denominación y orden seguiremos en la exposición de los resultados obtenidos en las diversas campañas de excavaciones que en cada uno de estos recintos se han realizado (fig. 4).

Plaza del Dos de Mayo: Situada en el extremo oriental del Castillo, está limitada en su final por un espolón moderno de cantería y lateralmente por murallas de varias épocas, entre ellos restos romanos, por debajo roca

¹ Notas extraídas de Beltrán 1956, 134 y ss.

viva y algunos muros. Allí estuvo un monumental edificio romano. No se han practicado excavaciones.

Plaza de la Ciudadela: Es la más elevada del Castillo. Está ocupada por edificaciones modernas construidas sobre cimientos romanos.

Plaza de San Fernando: Es una larga explanada limitada por la muralla en la parte sur y separada por el norte por medio de un muro moderno de la llamada *Plaza de los Estudiantes*, que se extiende paralelamente a ella en el declive de las faldas del cerro hasta la muralla septentrional. Fue explorada por González Simancas y Beltrán, dando restos de grandes edificios romanos. No hay mucho estrato, por aparecer la roca rápidamente.

Plaza de Armas: Separada de la anterior por grandes muros y baterías. Su acceso se realiza por una puerta construida durante las guerras civiles. En este recinto la roca sale con facilidad y está ocupado en parte por edificios modernos, en los que aparecen restos arquitectónicos antiguos utilizados como elementos constructivos. La parte baja posee una superficie casi plana y en ella se encuentra actualmente el edificio del Museo Saguntino. Fue el lugar preferido por Simancas para sus excavaciones. En esta plaza aparecieron muchas inscripciones y restos escultóricos, así como un templo romano y otras construcciones monumentales.

Las últimas partes del Castillo son llamadas *Plaza de Almenara* y *Albacar* o *Conejera*, en donde se conservan edificios modernos y se realizaron excavaciones en 1793, recuperándose muchas inscripciones.

Excavaciones en la Plaza de San Fernando y Estudiantes (lám. IV, 3)

Dado el tema de nuestro trabajo, nos limitaremos a señalar los hallazgos exhumados pertenecientes a la época ibérica.

Las primeras excavaciones fueron realizadas por Simancas en el año 1921 (González Simancas, 1923, 25) al pie del muro de hormigón, descubriéndose los cimientos de una serie de muros de piedra sin labrar ni seguir un trazado urbanístico y, junto a éstos, otros formados por sillares de mármol claramente romanos. Sin embargo, lo más interesante es el hallazgo de una necrópolis de incineración por debajo del muro romano. Estaba formada por grupos de cuatro o cinco piedras hincadas en círculo, y el espacio interior se encontraba relleno de cenizas y huesos humanos calcinados, entre los que había abundantes fragmentos de cerámica ibérica y otros de barro gris o negro. Del ajuar sólo se encontró un pequeño objeto circular de plomo. Se siguió explorando por este lado de la plaza para buscar la continuación de la necrópolis. Y, en efecto, debajo de una capa superior de escombros fueron apareciendo una serie de muros y

fragmentos de cerámica ibérica y campaniense y, por último, en el estrato inferior, huesos y cenizas junto a fragmentos cerámicos pertenecientes, según el autor, a urnas cinerarias, hechas a torno y sin ningún tipo de decoración. El ajuar también resultó escaso, habiéndose hallado solamente una fusayola y varios trozos de un pequeño vaso de cobre de forma cónica y decorado con una moldura gallonada, que Simancas clasificó como de estilo griego, y, en el borde superior, por una línea de menudas perlas.

Supone Simancas que la citada necrópolis se extendería por toda o la mayor parte de la vertiente septentrional del cerro que forma el recinto de la Plaza de los Estudiantes.

En esta última plaza también fueron realizadas excavaciones por Beltrán, cuyos resultados podríamos resumir de la siguiente manera (Beltrán, 1956, 146). La parte descubierta ofrece el aspecto de una ciudad escalonada en el cerro, formando varias plataformas sostenidas por muros construidos por grandes piedras sin desbatar, trabadas con barro. Perpendiculares a estos muros, otras paredes delimitan habitaciones, manzanas o grandes edificios, sirviendo de límite las calles que descienden siguiendo la pendiente del cerro. Estos departamentos, al parecer, y según su excavador, eran ibéricos, pero fueron habilitados posteriormente para viviendas o servicios públicos por los romanos, los cuales procedieron primeramente a rellenar los huecos con restos de las primitivas construcciones ibéricas. Entre los materiales ibéricos aparecidos conviene destacar: un *as* de pequeño módulo, quizá de ARRKEDURRKI; un búcaro que representa un pie humano sobre un plinto en cerámica de barniz negro (en 1932 apareció un etíope sentado similar), cuello de pequeño vaso con dos signos ibéricos incisos; cerámica campaniense; un kalathos ibérico pequeño; fragmentos de cerámica con decoración geométrica y vegetal, fragmentos de ánforas y morteros.

Plaza de Armas (lám. IV, 2)

Simancas realizó en esta plaza sucesivas campañas de excavaciones que abarcaron desde el año 1921 al 1926. Se iniciaron en la parte central (González Simancas, 1923, 31). En los niveles superficiales apareció una cisterna labrada en la roca, así como un molino medieval aceitero o lagar de pisar uva. En un nivel inferior, y sobre escombros, restos de cimentaciones que forman ángulo recto y un trozo de otro muro en curva con una línea de tres sillares. Finalmente, y descansando directamente sobre la roca, apareció un fuerte muro de 1'25 m. de anchura y de 6'45 m. de altura. Estaba formado por un núcleo central de pequeños guijarros tra-

bados con barro y paramentos de piedras desiguales labradas toscamente en la cara exterior y ordenadas en hiladas no siempre regulares. Este muro es clasificado por Simancas como *greco-ampuritano*, asociándose en él caracteres constructivos ibéricos y helénicos, y fue construido antes del siglo IV a. de C.

En cuanto a los materiales, Simancas describe tres niveles: el más antiguo, y que fecha en los siglos V-IV a. de C., contenía cerámica griega con decoración "negro y rojo carminoso" (*sic*); cerámicas "italo-griegas" con decoración de figuras rojas; ibérica con decoración geométrica, de peces y de motivos florales, así como objetos de cobre y hueso. En el nivel posterior y fechado por Simancas en los siglos III-II a. de C., apareció cerámica con decoración geométrica, campaniense y de Gnathia con adornos blancos y amarillos, agujas de bronce y cuentas de collar. Y, finalmente, en el nivel superior, materiales de época romana.

En campañas sucesivas (González Simancas, 1926, 5) fueron apareciendo otros muros de distinta técnica y gran espesor formando departamentos de planta rectangular y llegando a una profundidad de 12 m., sirviendo algunos de ellos como cimentaciones de construcciones recientes.

Simancas, ante la presencia de lo que él llama grandes muros con distinto carácter constructivo, "siendo unos de labor rudísima hechos por gente del país, los iberos, y otros con paramentos mejor fabricados y de una acertada disposición que pudieron ser levantados bajo la dirección de los fundadores griegos" (González Simancas, 1923, 46), y ante las cimentaciones que se descubren en la meseta "sin formar calles ni seguir un plan urbano", concluye diciendo que "no son de una ciudad ibérica, sino de una acrópolis, dándole a este término el sentido griego de ciudad alta fortificada" (González Simancas, 1923, 46).

Plaza de Almenara (lám. IV, 1)

En esta plaza, la más oriental de la fortaleza, Simancas realizó una exploración en 1921, descubriendo restos de importantes construcciones (González Simancas, 1923, 40). Entre ellas destaca la existencia de un muro que, descansando sobre la roca, tenía en algunos lugares una anchura de 2 m. y estaba construido por un núcleo o parte central hecha con "pedruscos", y las caras externas, por hiladas irregulares de piedras toscamente labradas, y todo ello trabado con barro.

Cree Simancas que la función de este muro sería defensiva, por su fábrica, disposición y lugar que ocupa en el borde de la cumbre suro-

oriental, lo que haría este flanco inexpugnable. Además, lo compara con los muros de Ampurias (de origen griego), así como con el aparecido en la Plaza de Armas, llegando a concluir que formaría parte del mismo sistema defensivo, esto es, de la primitiva fortaleza posteriormente reedificada por los cartagineses.

En su parte interior fueron apareciendo restos de edificaciones formando compartimientos Y en un lugar pudo observar la existencia de tres pavimentos: el superior, romano, estaba constituido por mortero y pedacitos de barro cocido; el intermedio, por cal y arena, y mostraba señales de incendio; y el más antiguo, que descansaba directamente sobre la roca, estaba formado por tierra apisonada.

Los materiales que fueron apareciendo se distribuyen de la siguiente manera: en las primeras capas, cerámica moderna y medieval, seguidas en profundidad por restos romanos, terra sigillata, vasos de Acco y restos de ánforas; y, finalmente, sobre el terreno natural, abundantes fragmentos de cerámica de barniz negro, otros "ítalo-griegos", cerámica ibérica con decoración geométrica, así como puntas de flecha de bronce, la mitad de una fíbula, cuentas de collar de pasta vítrea y otras de hueso.

Excavaciones fuera del recinto del Castillo

Al pie de los altos muros que, dotados de grandes contrafuertes, se encuentran al NO., clasificados por Simancas como cartagineses (láms. V y VI) —como ya veremos más adelante—, practicó el citado autor algunas catas (González Simancas, 1926, 18). A una profundidad de 2 m. apareció un gran muro de estructura semejante al encontrado en la Plaza de Almenara, que fue clasificado en su momento como griego, así como una serie de departamentos de forma más o menos rectangular. Estas edificaciones, según Simancas, serían destruidas después de la conquista cartaginesa, acaso cuando se levantaron los muros de los contrafuertes.

En cuanto a los materiales encontrados, fueron fundamentalmente ibéricos, reduciéndose éstos a cerámica con engoble blanco y pintada, así como algunos fragmentos de "ítalo-griega".

Para terminar, creemos conveniente resumir las conclusiones a las que llega Simancas como resultado de sus excavaciones. En páginas anteriores se han ido esbozando, pero para una mejor comprensión intentaremos sistematizarlas.

Según el citado autor, dentro del recinto primitivo ibérico existen unos

fuertes muros *greco-ibéricos* y levantados por los griegos. Estos muros cerrarían un recinto mucho más pequeño que el ibérico primitivo. Comprendía la Plaza de Almenara, enlazando con las construcciones de la Plaza de Armas, formando de esta manera una fortaleza situada en el lugar dominante de la extremidad del cerro. Posteriormente estas mismas fortificaciones fueron reforzadas por sus lados más vulnerables por los conquistadores púnicos, llegando a afirmar que la gran muralla de los contrafuertes es de origen cartaginés y que, por lo tanto, la fortaleza fue construida por estos últimos aprovechando viejas construcciones y, en algunos casos, cortando viejos muros ibéricos “formados por pequeñas piedras y barro”. De la misma manera afirma que “excepto en algunos tramos puede estudiarse ya casi completo el recinto de *Arse* que con indudable acierto levantaron los cartagineses para dominar y defender de modo inexpugnable el collado y las dos cañadas que en direcciones opuestas forman el terreno de altura oriental y media del Castillo” (González Simancas, 1926, 5).

Las razones por las que justifica la clasificación de los muros como *greco-ibéricos* o *greco-ampuritanos* son, a nuestro entender, puramente subjetivas. En ninguna de las memorias de excavaciones hemos encontrado argumentos de cualquier índole que nos permitan aceptar esta teoría, puesto que los paralelismos que establece con los de Ampuria no nos parecen válidos. Por el contrario, los materiales aparecidos en los niveles profundos y en relación, según el autor, con los citados muros son los clásicos de los poblados ibéricos.

Lo que en realidad parece pretender Simancas es demostrar de alguna manera la existencia de una colonia griega tal como la citan los textos clásicos, aunque rebajando en gran manera su cronología, desechando, por lo tanto, su fundación por los Zankythos. Pero admite, como ya lo hicieran anteriormente Chabret, Laborde y otros, la existencia de un primer núcleo ibérico sobre el que posteriormente se asentarían los colonos helenos.

En cuanto a los muros que cree cartagineses, y concretamente los situados en la parte alta del Castillo, Simancas no aduce ningún tipo de argumentación en que sustentar sus teorías y, es más, llega a afirmar: “las construcciones ésas que ya podemos llamar cartaginesas aun cuando sus paramentos tienen cierta semejanza con los iberos de grandes bloques” (González Simancas, 1926, 3). Es decir, la clasificación de estos muros como púnicos nos parece más que dudosa. Por otro lado, Simancas también incluye entre los restos cartagineses el lienzo de muralla sita al N. de la Plaza de Armas, comprendida entre la puerta de la fortaleza y el lugar donde comienza el muro de la contigua Plaza de Almenara. Este lienzo está construido con grandes contrafuertes. Chabret y Paris lo creyeron romano, pero, para Simancas, la presencia de unos muros de hormigón

romano dispuestos en ángulo arrimados al zócalo y a los contrafuertes que más avanzan de la muralla, demuestra que es obra posterior, que relaciona, con las fortificaciones cartaginesas de Sicilia y con las de Cartagena.

Estos muros clasificados como púnicos por Simancas y como romanos por otros autores, se caracterizan por estar contruidos a base de grandes sillares, sin argamasa ni materia alguna que los una y reforzados por contrafuertes con leve almohadillado y con ángulo en bisel o banda de sección triangular de lados rectos.

Esta técnica constructiva, y concretamente el almohadillado incipiente y el bisel angular, han sido estudiados por Fortea (Fortea y Bernier, 1970), y, según este autor, estas características se dan en el Mediterráneo oriental, estableciendo los jalones que marcan su expansión hasta llegar a la Península. Por otro lado, si los colonizadores fueron los que trajeron esta técnica, pudieron ser tanto los griegos como los fenicio-púnicos, pero, por tratarse de la zona turdetana la estudiada concretamente por Fortea, los cree debidos a la influencia de estos últimos. La cronología que atribuye al recinto de El Higuérón es la del 400 a. de C., pero, sin embargo, resalta que su máxima utilidad correspondería al siglo III a. de C. Cree además que no todos los recintos de la zona por él estudiada poseen una misma cronología y que algunos de ellos probablemente estarían contruidos por Aníbal, pero sin que por el momento pueda precisar más, por falta de excavaciones en el resto de las fortificaciones.

El fechar un paramento por comparación con otros de cronología establecida con los que guarda una similitud formal, resulta muy impreciso y arriesgado. Pero, sin embargo, la presencia de elementos muy singularizados, como el almohadillado y el distel, nos permiten establecer algunos paralelismos. Ahora bien, la presencia de contrafuertes, desconocidos en las fortificaciones de la Bética, nos introduce un factor negativo. A pesar de lo cual conviene tener en cuenta, en primer lugar, que son los únicos paramentos con tales características que conocemos en el País Valenciano; en segundo lugar, que su construcción es posterior a la ciudad ibérica, puesto que la cortan, y a la vez anterior a los romanos, según los datos aportados por Simancas. Y, finalmente, que las fuentes clásicas nos hablan de que Aníbal dejó allí una guarnición. Por lo tanto, la hipótesis de Simancas valdría la pena revisarla a la luz de los nuevos datos.

El llamado templo de Diana (láms. III)

El foro de la ciudad romana de Sagunto estuvo asentado en el Castillo, como lo demuestra la cantidad de elementos arquitectónicos y lápidas

honorarias allí encontrados, extendiéndose la población hacia el área de la ciudad actual.

Hay noticias de que existió un templo dedicado a Hércules, que los autores relacionan con la fundación mítica de la ciudad primitiva. Más adelante Plinio (*Nat. Hist.*, XVI, 216), al celebrar la extraordinaria antigüedad de algunos de los edificios de su tiempo, cita el templo de Diana situado en la parte baja de la ciudad, *infra oppidum*, y que Aníbal respetó cuando, en el año 218, inició la segunda guerra púnica con la toma de Sagunto.

Que en Sagunto se rendía culto a esta deidad está comprobado no sólo por la noticia de Plinio, sino también por el hallazgo de cuatro inscripciones dedicadas a ella (CIL, II, 3820-3823). El problema se plantea al intentar fijar su localización exacta y su cronología. La primera cuestión ha sido muy discutida. Basándose en la frase de Plinio *infra oppidum*, los autores, tanto antiguos como modernos, lo han situado en cualquier lugar de la parte baja donde existieran restos monumentales romanos, y así, Escolano supuso que estaba en el Mausoleo próximo a la Trinidad; Delgado lo sitúa donde anteriormente Lumières, esto es “en el confín de la Plaza Mayor, sobre la Iglesia, y frente a las torres de las campanas fuera de los muros del Castillo. Allí existían trozos de inscripciones y cimientos de sillería y otras ruinas que ocupaban el corralón de la casa propia de don Enrique Palos”². En efecto, en el corral de la citada casa, cuya fachada da a la calle del Sagrario, existe un muro de 15 m. de largo por 4'5 m. de altura en algunos lugares, declarado monumento nacional; se ha localizado en él el templo de Diana, no sólo por Lumières, sino también por Chabret, Beuter y, más recientemente, por García y Bellido, quien lo describe de la siguiente forma: “no cabe duda que era parte de un paramento mayor cuyas dimensiones desconocemos por ahora. Probablemente es el revestimiento externo de una terraza cuyo núcleo es de roca virgen. La piedra empleada es de caliza negra del lugar. Algunos de los sillares pasan del metro y medio de longitud, pero son escasos los que llegan a 2'40, 2'60 y hasta 2'75 metros. Están colocados en seco sin argamasa alguna. Aunque en su parte visible son en su mayor parte cuadriláteros de formas trapezoidales, hay varias que constituyen polígonos de seis y más lados; lo admirable es su perfecta labra y su exacta coordinación. Las aristas son rectas y finas, conectando entre sí de un modo sumamente cuidado. Existen también ripios rectangulares, cuadrados o romboidales que se insertan en los ángulos y juntas” (García y Bellido, 1963, 301).

Sin embargo, Pío Beltrán, basándose en la cita de Plinio: *infra oppidum*,

² Noticias extraídas de Beltrán 1953, 126.

y en que el muro anteriormente descrito se encontraba dentro del casco de la antigua ciudad romana; en la noticia de Beuter del hallazgo de dos lápidas con inscripción dedicadas a Diana, aparecidas en las "haldas del monte", y, finalmente, en la aparición de unos frisos de bucránios y rosetones exhumados en 1895 al realizar las obras del ferrocarril y descritos por Albertini (Albertini, 1911-12, 322), así como por los recientes hallazgos de Chabret de una basa con fuste de columna y de fragmentos de frisos en 1925 y 1950, sitúa el templo de Diana en la parte SE. del Castillo (Beltrán, 1953, 129).

Los elementos de que disponemos comprueban e ilustran el texto de Plinio de la existencia de un templo dedicado a Diana en época romana, aunque su emplazamiento exacto quede todavía por resolver. Más problemático resulta el asignarle una cronología, es decir, el saber si este templo que en época romana existía fue el continuador de uno anterior de la época ibérica. García y Bellido, al estudiar el muro descrito anteriormente y que según él pertenece con seguridad al templo de Diana, dice: "No se puede precisar cuándo se fundó, pero sí que existía en tiempos de Aníbal. Es probable que su fundación haya ocurrido tiempo antes, coincidentes con las fundaciones coloniales de los jonios del siglo VI. Los estudios comparativos de este lienzo con otros del Mediterráneo oriental y de la Península (Olérdola, cámara sepulcral de Toya) lo datan en los siglos V-IV a. de C." (García y Bellido, 1963, 304-5).

Por su parte, Pío Beltrán, como ya dijimos, cree que los restos de frisos encontrados en la parte SE. del Castillo pertenecen al mencionado templo, pero no se atreve a precisar su cronología y dice: "los elementos de que ahora disponemos ilustran y comprueban el texto de Plinio aunque no sea creíble su cronología. Es de esperar que cuando los terrenos colindantes sean excavados aparecerán nuevos elementos que contribuirán a formar un juicio más completo aunque no sea definitivo" (Beltrán, 1953, 130).

Los materiales de época ibérica

Los objetos arqueológicos procedentes del Castillo de Sagunto han corrido una suerte desafortunada, resultado de la cual es su dispersión, ausencia de clasificación e inaccesibilidad de estudio, y ello pese a que la zona monumental ha contado con pequeños edificios con funciones de museo que podrían haberse convertido en centros monográficos que ilustraran la indudable riqueza de esta ciudad histórica. En la Plaza de Armas se construyó un museo a expensas del Ejército en 1925, por gestión de González Simancas (Pla Ballester, 1959, 45-59), que nosotros hemos cono-

cido siempre en estado ruinoso y sin salas de exposición, si bien un taller o almacén guarda los despojos de antiguas campañas de excavaciones. El del Teatro Romano fue hecho por la Delegación de Regiones Devastadas en 1952, nombrando el Ayuntamiento de Sagunto director del mismo a P. Beltrán, quien realizó una gran labor de recuperación y numeración de piezas hasta su jubilación, tras la cual este museo sufrió un abandono y desmantelamiento atroces, situación que se ha visto mejorada en los últimos tiempos por la presencia de Facundo Roca, quien mantiene esta institución custodiada y realiza los trabajos de restauración de materiales. Recientemente el museo ha pasado a depender de la Comisaría de Museos del Ministerio de Educación y Ciencia, que debería arbitrar los medios oportunos para su mantenimiento. Si a esta situación añadimos el hecho de que las memorias de las excavaciones de González Simancas están descritas con poco detalle, habiéndose vertido las tierras extraídas sin apenas ser revisadas, y la circunstancia de que la utilización militar del Castillo se ha prolongado hasta el siglo pasado, daremos justificación a la precariedad de nuestro conocimiento respecto a la Cultura Ibérica de este yacimiento.

Pese a todo, existen grandes apartados en los que fijar la atención, y algunos de ellos han atraído el interés de los investigadores desde antiguo. El lote mejor conservado es el de las inscripciones en escritura ibérica, que fueron recogidas por Hübner en sus *Monumenta Linguae Ibericae* (Ae. Hübner, 1893, pp. 157 a 163, núms. XXIII a XXXIb) y que se han ido ampliando con nuevos hallazgos que a veces completan inscripciones ya conocidas, como es el caso de la pieza latino-ibérica recientemente dada a conocer por F. Roca (Roca, 1974, 27-29); también fueron estudiadas por Gómez Moreno (M. Gómez Moreno, 1949, 299 a 302, núms. 43 a 50), ocasionalmente por P. Beltrán y recogidas en la antología de Maluquer (J. Maluquer de Motes, 1968, 140, núms. 266 a 272). Constituyen el conjunto más amplio de escritura ibérica sobre piedra conocido y, requiriendo su puesta al día y tratamiento crítico de una formación especializada, serán presentadas por J. Siles a modo de léxico en otro trabajo de este volumen.

Otro capítulo de interés es el numismático. La ceca de Arse-Saguntum tiene un puesto destacado dentro de las acuñaciones ibéricas del este peninsular, y de ahí que haya sido objeto de investigaciones monográficas. Estudiadas primeramente por Zóbel (J. Zóbel, 1877, 805), fueron ordenadas por Vives (A. Vives Escudero, 1924) y referidas por P. Beltrán (P. Beltrán, 1942), siendo sistematizadas más recientemente por distintos autores, cuyas conclusiones pueden resumirse como sigue:

M.^a C. Pérez Alcorta (M.^a C. Pérez Alcorta, 1955) sitúa primero las

monedas cuya metrología sigue el sistema griego, según el patrón de la dracma campaniana, fechables en el siglo III a. de C. algo avanzado, y, a continuación, las del sistema romano, con patrón uncial y, luego, semiuncial.

J. M.^a de Navascués (J. M.^a de Navascués, 1955) señala que la serie del jinete rompe toda la tradición de la moneda de Sagunto, pudiendo explicarse solamente por un cambio político profundo que tendría su causa en las guerras Sertorianas, por lo que, al caer la ciudad en manos de Pompeyo, cesarían las acuñaciones del jinete lancero, lo que apoya su teoría sobre este tipo de reverso.

L. Villaronga (L. Villaronga, 1967) lleva a cabo un estudio en profundidad de todas las acuñaciones de esta ceca, que comenzaría a emitir después de la restauración de la ciudad por los romanos en el 212 a. de C., durando su primer período hasta el año 195 aproximadamente. Después, hasta mediados del siglo II a. de C., van sucediéndose nuevas emisiones, apareciendo los primeros bronce con proa de nave a partir del 133 a. de C.; las acuñaciones con nombre de magistrados en ibérico se situarían hacia el 120 a. de C., y, en general, la ceca prolongaría su vida hasta la época de Sertorio, tras la cual experimentaría una inactividad para reanudar sus emisiones bajo el reinado de Tiberio, última fase, ya hispanolatina, de vigencia de esta ceca.

Martín Valls (R. Martín Valls, 1967, 207-366) valora la difusión del numario saguntino señalando los hallazgos de monedas de Sagunto del sistema griego en los términos de Mogente, Cheste, Salvacañete, Bobadal de Benasal, Pozoblanco, Tivisa, Bornos, Alcalá de Chivert y Córdoba y considerando más ampliamente la dispersión de las del sistema romano, para las que indica: una vía de difusión costera, jalonada por los hallazgos de Château-Roussillon y de las comarcas de Barcelona, Reus, Tortosa, Liria, Valencia, Cullera, La Unión y Málaga; otra en dirección hacia el Valle del Ebro, que relaciona con la presencia de monedas de Sagunto en Azaila; una tercera a lo largo de la Cordillera Ibérica, con ejemplares en Numancia, Morella y Caudete de las Fuentes (Los Villares y Atalaya Mora); otra que se dirige a la Meseta Norte, representada por las monedas de Sagunto encontradas en Clunia y Osma, y que también alcanza la Meseta Sur, con hallazgos en Toledo y Madrigueras, extendiéndose asimismo hacia Baleares, como demuestra su presencia en Menorca.

Datos complementarios podrían ser deducidos del conocimiento de las cecas ibéricas representadas en los hallazgos de Sagunto, con respecto a lo cual nos limitamos a citar que en las excavaciones de González Simancas, clasificadas por este autor y sin descripción de detalle, se citan: tres monedas de CELSE, dos de ERCAUICA, varias de SAITABI, de EMPORION,

ARALACOS, CASTULO, CALAGURRIS y OBULCO, además de las de ARSE, con leyenda ibérica o bilingües y una cartaginesa de plata con cabeza de Hércules. De las excavaciones de P. Beltrán procede una moneda de ARRKEDURRKI y otras, también ibéricas, de difícil clasificación por su estado de conservación.

El panorama de la escultura de atribución ibérica procedente del Castillo de Sagunto es exiguo. No obstante, conviene citar la cabeza de león (?) depositada en el Museo de Bellas Artes de Valencia, que fue publicada por Almarche (F. Almarche, 1917, 133) e incluida después en su obra general sobre la civilización ibérica en el Reino de Valencia (F. Almarche, 1918, 140), que, aunque de escasa calidad y en deficiente estado de conservación, ha sido paralelizada (E. Llobregat Conesa, 1966, núm. 2) con la del león de Bocairente. Los demás restos escultóricos en piedra que se conservan o que están bien reproducidos en publicaciones antiguas cabría interpretarlos como correspondientes a modalidades artísticas hispanorromanas que no entran dentro de este estudio, excepción hecha, quizá, de los relieves incompletos citados por González Simancas (M. González Simancas, 1935, 26 dic.), entre los que se describe una cabeza de ave con cresta dentada que el autor considera "ibérica con influencias orientales", hoy perdida.

En terracota existe una cabecita femenina (lám VII) con rodetes y peineta que tiene los rasgos formados por pegotes de barro, además de una pequeña escultura, también femenina, a la que le falta la parte inferior del cuerpo, siendo un pequeño disco de barro cocido de tipo púnico (lám. VII) con el relieve de un cáprido y un racimo de uva (M. González Simancas, 1935, 26 dic.).

La cerámica está muy escasamente representada en el Museo de Sagunto (lám. VII). Hay un fragmento de cerámica ática de figuras negras de estilo tardío, estudiado por Rouillard, que lo data en torno al 500 a. de C., así como varios de figuras rojas, un fragmento de guttus de barniz negro, ático, con el cuerpo agallonado; un fondo de pátera de cerámica ática de barniz negro con doble círculo de palmetas enlazadas, descansando la que mejor se ve sobre una líneas de ovas, lo que podría conferirle una cronología del siglo V, y un fragmento de kylix de la misma cerámica.

Existen restos de vasos plásticos de época helenística de barniz negro, de los que se conservan un askos que representa el cuerpo desnudo de Baco con manto (M. González Simancas, 1933, 9), una cabeza de negro (M. González Simancas, 1933, 9), dos fragmentos correspondientes a dos pies y un pie de un pebetero, también de barniz negro, con un orificio próximo a la base, agujeritos en el pie y pequeña asa circular, además de una cabecita humana muy rodada, correspondiente a un vaso de forma

abierta, por estar barnizado en ambas caras, que, según Beltrán (P. Beltrán, 1956, 131-168), representa a un etíope (lám. VIII) y que es de fábrica calena.

Las importaciones de tipo proto y campaniense son más numerosas y se conservan aquellas que ostentan decoración, por lo que predominan los fondos de páteras con palmetas sueltas dispuestas en forma de cruz, rodeadas por una franja de ruedecilla, a veces en estampilla ovalada, y las que presentan una roseta única central de seis, siete u ocho pétalos; de las que destacamos una de la forma 21, de campaniense A de época avanzada, que ostenta el signo ibérico *be* en la parte externa del fondo. Hay también un plato de pescado de la forma 23, otro de la forma 28 con estampilla en forma de arcos que forman un cuadrado (fig. 6) y alguna forma 1, propia de la campaniense B.

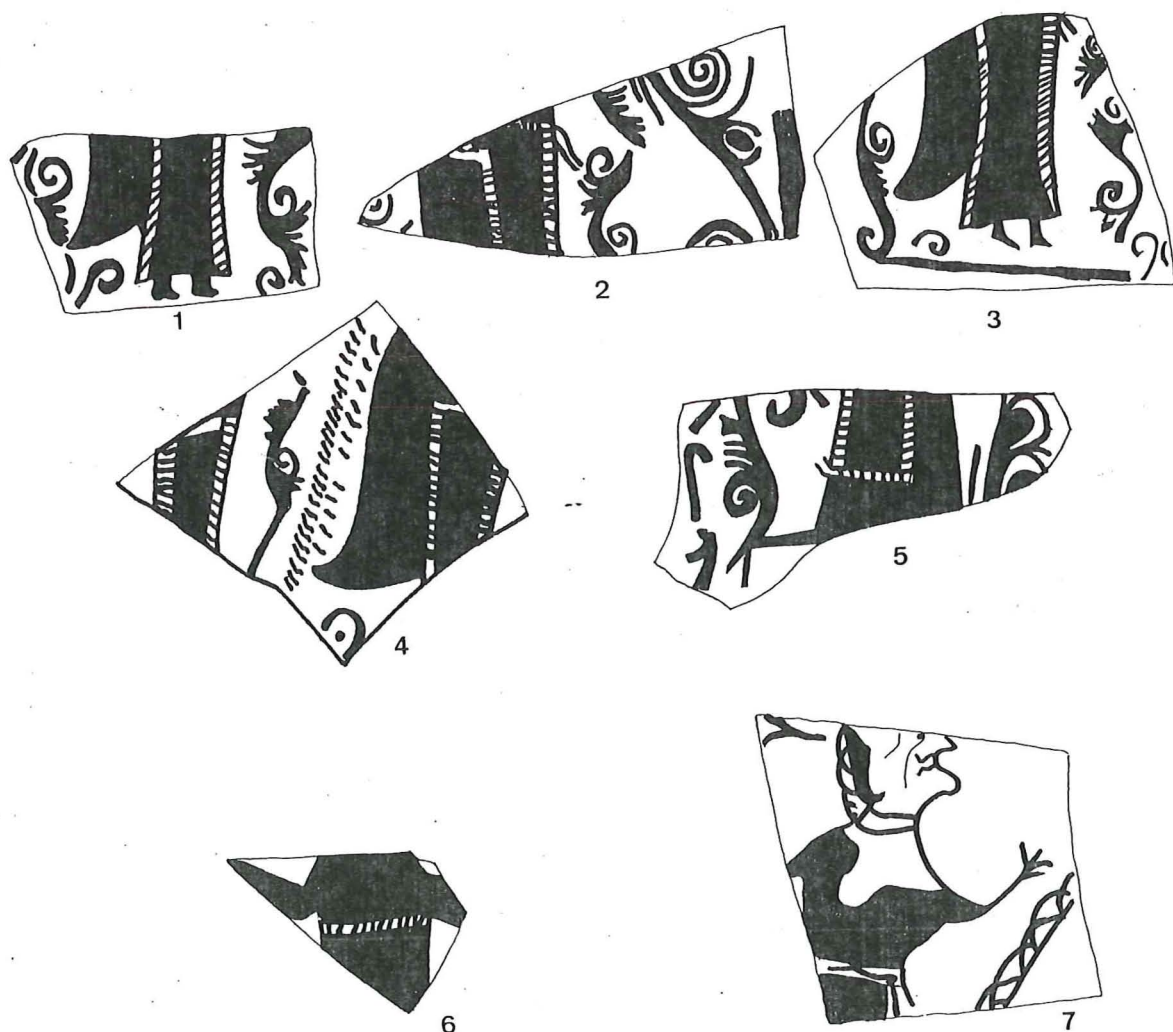


Fig. 5.—Fragmentos de cerámica ibérica con decoración figurada. 1 a 5: Fragmentos de una misma vasija con desfile procesional. 6: Fragmento con cuerpo pintado. 7: Fragmento con figura femenina, hallado por González Simancas.

De la cerámica ibérica se conservan restos fragmentarios decorados, a veces sobre engobe blanco, con temas geométricos, florales, animales y humanos, en ocasiones con inscripciones pintadas o incisas en escritura ibérica del este peninsular. Las decoraciones se encuadran dentro del estilo narrativo de Oliva-Liria, con jinetes, guerreros, mujeres y algunos animales menos usuales y peces (láms. IX, X, XI, XII, XIII, XIV), siendo interesantes los fragmentos de una gran urna que reproduce un desfile procesional (fig. 5, núms. 1 a 5) de damas vestidas con largas túnicas, la primera de las cuales tañe una flauta doble, y entre las que se cuentan figuras que llevan alas, o bien mantos, que se destacan de su silueta. Van acompañando a una figura sedente entronizada, lo cual nos remite a un tema que se encuentra en otras manifestaciones artísticas del mundo ibérico; parece que procede de un horno que encontró Monzó Nogués en las

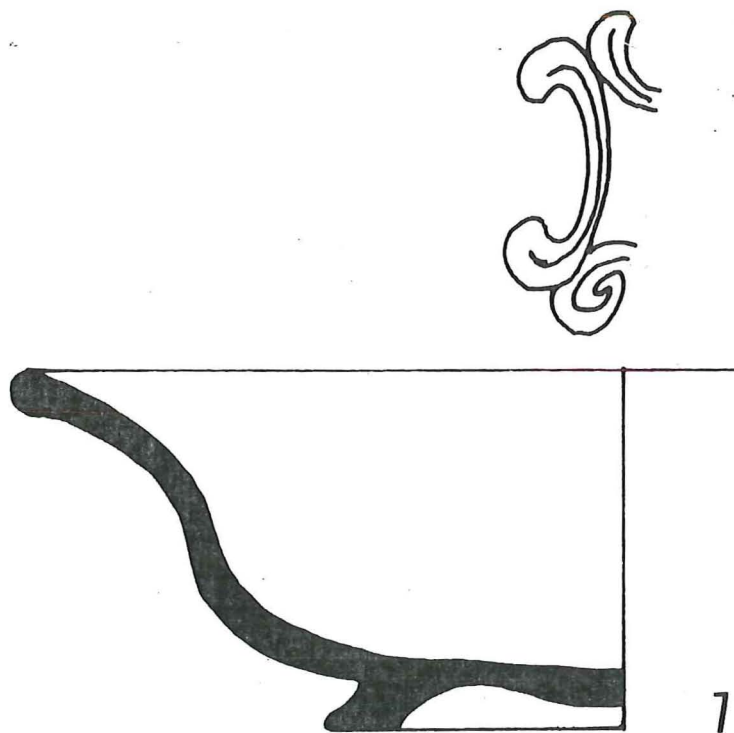


Fig. 6.—Pátera de la forma 28. Sagunto.

inmediaciones de la ciudad y a orillas del río, que ya no llegó a publicar. Hay también morteros, algunas muestras de cerámica ibérica basta y vasos pequeños de cerámica gris de cronología baja.

Otros materiales, tales como elementos de indumentaria, armas o instrumentos de trabajo, se hallan totalmente ausentes de la colección de este Museo.

A la vista de estos datos y, en especial de lo que se desprende de los resúmenes de las excavaciones, cabe hacer algunas consideraciones finales.

En primer lugar se aprecia cómo la investigación de finales del siglo pasado y de la primera parte de éste gira en torno a la casuística que la lectura de las fuentes plantea sobre Sagunto, buscando e interpretando los vestigios arqueológicos en función de los factores externos que influyeron sobre la ciudad y atribuyendo, por tanto, los restos a griegos, cartagineses o romanos, posturas perfectamente comprensibles si las insertamos en las corrientes dominantes de la formación de cada uno de los estudiosos, tributarios a su vez de las tendencias de su época. Las excavaciones acometidas reflejan las dificultades de interpretación de los hallazgos que se sitúan en la meseta del Castillo, que es en donde las construcciones se han sucedido con mayor intensidad, y constatan la existencia de un poblado ibérico que desciende por las laderas meridional, oriental y occidental.

Con respecto a los trabajos de González Simancas, que es quien mayor número de campañas realizó sobre el terreno, haciendo abstracción de sus planteamientos y seriación de materiales, que en más de una ocasión obedecen a ideas preconcebidas —por ejemplo, cuando coloca las cerámicas ibéricas con decoración figurada por debajo de las que tienen decoración geométrica, tal y como se pensaba por los años 20-30—, lo cierto es que sus resultados nos ponen ante una ciudad ibérica, si bien quedan por contestar algunas cuestiones fundamentales referentes a si alcanzó en algún momento los niveles fundacionales y a la interpretación de esa capa de incineración que encontró por debajo de los cimientos de muros, con urnas hechas a torno, cerámicas campanienses y alguna fusayola, que resulta de extraña ubicación para ser considerada como una zona de necrópolis y que, a la vez, parece ostentar una extensión superior a la que correspondería a un enterramiento aislado o circunstancia similar. Quizá otro excavador hubiera optado por el socorrido nivel de destrucción, pero si González Simancas eludió esta interpretación fue porque, como nos dice, encontró en las Plazas de San Fernando y de los Estudiantes unas estructuras funerarias que más o menos describe. También quedan pendientes de clasificar esos grandes muros que halló González Simancas por debajo de los edificios monumentales romanos, y que no sabemos si corresponderían a una primera fortaleza enclavada en el centro de la primitiva ciudad, la cual, al ir incrementando su poblamiento, se extendería escalonándose por las pendientes que se prestan a ello, llegando hasta el recinto exterior “ciclópeo” e incluso rebasándolo, con lo que tendríamos una ciudad con muralla doble, como otras muchas del País Valenciano, aunque en el caso de Sagunto nos movemos dentro de suposiciones y otras sugerencias podrían ser hechas.

También hay problemas de interpretación para valorar los efectos de la influencia cartaginesa sobre la estructura del poblado ibérico. Parece lógico que quede alguna muestra de la actividad de Aníbal, y los muros occidentales con contrafuertes pudieran ser resultado de la misma, y ya, por último, se tendría que considerar qué pasó después del 212 bajo la influencia de la Roma republicana. El descenso cronológico que ha afectado a las murallas hechas con grandes bloques de piedra de Ampurias, Olérdola y Tarragona, podría inducir a pensar que los lienzos "ciclópeos" de Sagunto fueron levantados por obra de los Escipiones, si bien, para ello, habrían de hacerse matizaciones, ya que esa misma técnica la encontramos no sólo en otros poblados del Bajo Palancia, sino también en un número considerable de poblados ibéricos, con lo que pasa a ser un sistema constructivo bastante asimilado por los iberos, sin que podamos limitarlo en todos los casos al final del siglo III a. de C. como, por otro lado, han demostrado para la zona dels Tres Pouets las recientes excavaciones.

Está dentro de lo posible que fuera después de la Segunda Guerra Púnica cuando se construyeran los primeros edificios religiosos, lo cual entraría dentro de una lógica de captación de los indígenas para la romanidad, dotándoles de unas superestructuras religiosas que reforzaran la vinculación de la población al mundo clásico, vinculación que pudo tener su primer momento en las fechas que giran en torno a la batalla de Himera (480) tras la cual parece intensificarse el tráfico comercial griego hacia esta zona (García y Bellido, t. I, 1948, pp. 219 y 221).

Lo que hasta ahora no ha sido suficientemente considerado es que Sagunto se encuentra en una zona plenamente iberizada, con las manifestaciones de cultura material propias de la Edetania que, hasta el momento de la romanización, son las que mejor la definen, si bien su situación geográfica le confiere un valor estratégico y económico que explican que fuera un punto clave cuando el control del arco central del Mediterráneo peninsular se convierte en cuestión de litigio entre romanos y cartagineses. Efectivamente, dominando Sagunto se tiene salvaguardada la llanura valenciana y el camino natural hacia el Valle del Ebro, porque, dejando algún pequeño poblado ibérico, como La Muntanyeta de la Cantera, en El Puig, hace falta llegar a la zona de la desembocadura del Júcar para encontrar núcleos de población ibéricos tan próximos al mar y tan bien articulados, y por eso se comprende fácilmente que otras potencias fijaran su atención en él, si bien esto no nos resuelve todos los problemas que la población plantea.

BIBLIOGRAFIA

- Albertini, E. (1911-12): "Sculptures Antiques du Conventus Tarraconensis", *AIEC*, XII, Barcelona.
- Almarche, F. (1917): "El Arte Ibérico en el Museo de San Carlos", *Archivo de Arte Valenciano*, III, Valencia.
- (1918): *La antigua Civilización Ibérica en el Reino de Valencia*, Valencia.
- Aranegui, C. (1976): "Las excavaciones del Grau Vell y el puerto de la ciudad de Arse-Saguntum", *Saitabi*, XXVI, Valencia.
- (en prensa): "Pie de skyphos ático con grafito ibérico hallado en las excavaciones del Grau Vell (Sagunto, Valencia)", *XV CNA* (Vitoria, 1975), Zaragoza.
- Arnau (1954): "Inscripción ibérica encontrada en Sagunto, hallazgos arqueológicos", *Las Provincias*, Valencia, 15 de diciembre.
- Ballester Tormo, I. (1945): "Las pequeñas manos de mortero valencianas", *APL*, II, Valencia.
- Beltrán, P. (1942): "Acerca de las monedas de Saitabi", *Saitabi*, 4-5, Valencia.
- (1942 bis): "Sobre un interesante vaso escrito de San Miguel de Liria", *Serie de TV del SIP*, 8, Valencia.
- (1944): "Excavaciones arqueológicas en Sagunto", *Las Provincias*, Valencia, 12 de noviembre.
- (1944 bis): "Museo Saguntino. Sagunto (Valencia). Su estado actual, trabajos que en él se realizan", *MMAP*, V, Madrid.
- (1951): "Hallazgos en Sagunto", *AEArq*, XXIV, Madrid.
- (1953): "Museo del Teatro Romano de Sagunto (Valencia). Epigrafía saguntina. El Templo de Diana", *MMAP*, XI-XII, Madrid.
- (1955): "Sagunto (Valencia)", *NAH*, II, 1953, Madrid.
- (1956): "Excavaciones en Sagunto (Valencia)", *NAH*, III-IV, 1954-55, Madrid.
- (1959): "Un episodio poco divulgado de la Historia del Municipium Saguntinum", *Arse*, III, Sagunto.
- Boix, V. (1865): *Memoria de Sagunto*, Valencia.
- Bosch Gimpera, P. (1919): "El estado de la investigación de la Cultura Ibérica", *BRAH*, Madrid.
- (1923): "L'estat actual del coneiximent de la civilització ibèrica del Regne de València", *AIEC*, 1915-20, Barcelona.
- Bru y Vjidal, S. (1958): "Notas arqueológicas saguntinas", *APL*, VII, Valencia.
- (1959): "El Castillo de Sagunto", *Bol. de Información Municipal*, 55, Valencia.
- (1962): "Consideraciones en torno al topónimo Arse", *Arse*, VI, Sagunto.
- (1963): "Un nuevo monumento histórico artístico en Sagunto: el llamado Templo de Diana", *Sagunto*, 47, Sagunto.
- (1963 bis): *Les terres valencianes durant l'època romana*, L'Estel, València.
- Chabás, R. (1897): "Templo de Diana", *RABM*, IV, Madrid.
- Chabret, A. (1887): "Orígenes de Sagunto", *El Archivo*, I, c.º V-VI-VII, Denia.
- (1888): *Sagunto. Su Historia y sus monumentos*, 2 vols., Barcelona.
- Delgado, A. (1877): "Antigüedades de Murviedro", *BRAH*, I, Madrid.
- Fortea, J., y Bernier, J. (1970): *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*, Salamanca.
- García y Bellido, A. (1948): *Hispania Graeca*, 2 vols., Barcelona.
- (1963): "El lienzo megalítico del Artemisión de Sagunto", *BRAH*, CLIII, Madrid.
- (1963 bis): "Das Artemision von Sagunt", *Madriider Mitteilungen*. Heilderberg.

- (1964): “Diana Saguntina. Historia de un célebre santuario ibérico”, *Arse*, VIII, Sagunto.
- Gómez Moreno, M. (1949): *Miscelánea. Historia, Arte y Arqueología*, Madrid.
- Gómez Nadal, M., y Tormo Catalá, L. (s. f.): *El Castillo de Sagunto. Guía y Plano para su visita*. Puerto de Sagunto.
- Gómez Serrano, N. P. (1931): *ACCV*, IV, Valencia.
- (1933): *ACCV*, VI, Valencia.
- González Simancas, M. (s. f.): *Sagunto. La acrópoli, sus excavaciones y el teatro romano*, s. l.
- (1923): “Excavaciones de Sagunto”, *MJSEA*, 48, 4 (1921-22), Madrid.
- (1923 bis): “Escultura ibérica de un toro descubierta en Sagunto”, *Las Provincias*, Valencia, 25 de noviembre.
- (1924): “Escultura ibérica de un toro descubierta en Sagunto”, *Coleccionismo*, 133-135, Madrid.
- (1925-26): “Excavaciones en Sagunto”, *MJSEA*, 48, Madrid.
- (1929): “Sagunto”, *IV Congreso Int. de Arq.*, Barcelona.
- (1930): “Sagunto Monumental”, *Valencia Atracción*, año V, 49, Valencia.
- (1933): “Excavaciones en Sagunto”, *MJSEA*, 124, Madrid.
- (1934): “Las excavaciones arqueológicas de Sagunto”, *Almanaque de “Las Provincias”*, Valencia.
- (1935): “Las excavaciones de Sagunto”, *Las Provincias*, Valencia, 26 de diciembre.
- (1940): “Museo de Sagunto”, *Las Provincias*, Valencia, 23 de marzo.
- (1941): “Importantes descubrimientos en Sagunto”, *Almanaque de “Las Provincias”*, Valencia.
- (1941 bis): “De arqueología saguntina”, *Las Provincias*, Valencia, 7 de agosto.
- (1941 ter): “Una nota más de arqueología saguntina”, *Las Provincias*, Valencia, 4 de marzo.
- Hübner, E. (1867-68): “Arietes saguntinos”, *Hermes*, II; Berlín.
- (1893): *Monumenta Linguae Ibericae*, Berlín.
- Izquierdo (1934): “Inscripción ibérica de un saguntino”, *Las Provincias*, Valencia, 19 de octubre.
- Laborde, A. (1811): *Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*, t. I, París.
- Llobregat Conesa, E. A. (1966): “La escultura ibérica en piedra del País Valenciano. Bases para un estudio crítico contemporáneo del arte ibérico”, *Archivo de Arte Valenciano*, XXXVII, Valencia.
- (1962): “Los precedentes y el ambiente comarcal de la ‘Valentia’ romana”, *PLA V*, 1, Valencia.
- (1972): “La colección Andrés Monzó Nogués (Materiales para el estudio del poblamiento antiguo de la provincia de Valencia)”, *APL*, XII, Valencia.
- Maluquer de Motes, J. (1968): *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona.
- Martín Valls, R. (1967): “La circulación monetaria ibérica”, *BSAA*, XXXII, Valladolid.
- Martínez Aloy, J. (1908): “Inscripciones saguntinas revisadas en 1753”, *BRAH*, LII, Madrid.
- Monzó Nogués, A. (1946): “Notas arqueológico-prehistóricas del agro saguntino”, *ACCV*, 2.^a época, VII, Valencia.
- (1947): “De Arqueología”, *ACCV*, XV, Valencia.
- (1954): “La Albardeta (Albalat dels Tarongers)”, *APL*, V, Valencia.
- Navarro, F., y Esteve, F. (1944): “Trovalles prehistòriques en Albalat dels Tarongers”, *Almanaque de “Las Provincias”*, Valencia.

- Navascués, J. M.^a de (1955): "El jinete lancero", *Numario Hispánico*, 8, IV, Madrid.
- Paris, P. (1903): *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, t. I, París.
- (1920): "Promenades archéologiques en Espagne. Sagonte", *Revue Archéologique*, XI, París.
- Pérez Alcorta, M.^a C. (1955): "Las monedas antiguas de Sagunto según la colección del Museo Arqueológico Nacional", *Numario Hispánico*, 8, IV, Madrid.
- Peris y Fuentes, J. (1922): "Sagunto. I, su origen", *BSCC*, II, Castellón.
- (1922 bis): "Sagunto. II, dominio turdetano", *BSCC*, III, Castellón.
- "Sagunto. III, Griegos", *BSCC*, III, Castellón.
- "Sagunto. IV, expugnación", *BSCC*, III, Castellón.
- Pla Ballester, E. (1959): "Los Museos de Sagunto", *Bol. de Información Municipal*, 55, Valencia.
- (1960): "La más antigua leyenda saguntina", *Sagunto*, I, Sagunto.
- (1963): "Arqueología del partido de Sagunto", *Generalitat*, 3, junio, Valencia.
- Pla y Cabrera, V. (1797): "Antigüedades de Sagunto, hoy Murviedro, con nota críticas", *El Correo de Valencia*, Valencia.
- Roca, F. (1974): "Una inscripción latino-ibérica inédita en Sagunto", *Arse*, 13, Sagunto.
- Rodríguez Rescalvo (1953): "Sagunto", *Helmántica*, IV, 13, Salamanca.
- Sarthou Carreres, C. (1917): "Antigüedades de Sagunto", *Museum*, V.
- Tovar, A. (1949): "Las monedas saguntinas y otras notas sobre inscripciones ibéricas", *BSAA*, XV, Valladolid.
- Valcárcer, P. de S. (1779): *Barros saguntinos. Disertación sobre estos monumentos con varias inscripciones inéditas de Sagunto*, Valencia.
- Villaronga, L. (1965): "Las monedas de plata de Arse con anverso de Pallas", *Nu-misma*, XV, Madrid.
- (1967): *Las monedas de Arse-Sagunto*, Barcelona.
- Vives Escudero, A. (1924): *La Moneda Hispánica*, Madrid.
- Zobel de Zangroniz, J. (1877): *Die Münzen von Sagunt*, Commentat. philolol. in honorem Th. Mommsen editis, Berlín.

ABREVIACIONES

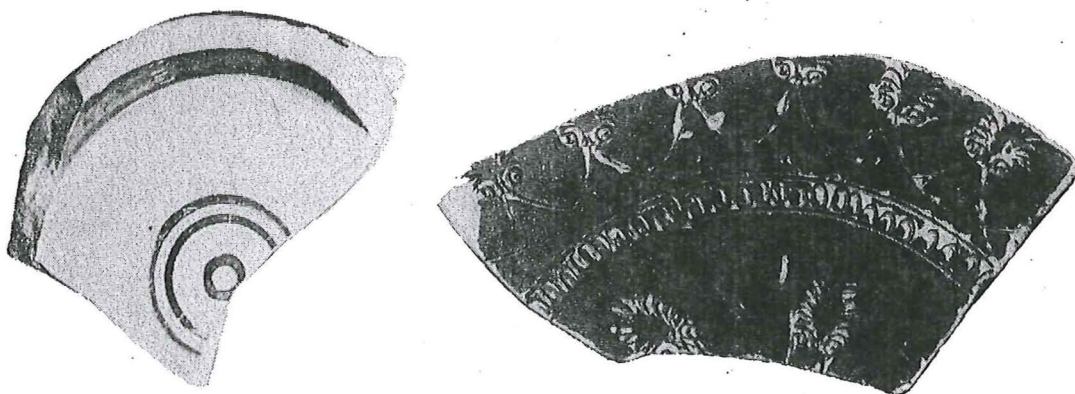
- ACCV: *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, Valenci
- AEARq: *Archivo Español de Arqueología*, Madrid.
- AIEC: *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, Barcelona.
- APL: *Archivo de Prehistoria Levantina*, Valencia.
- BRAH: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- BSAA: *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, Valladolid.
- BSCC: *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, Castellón.
- CNA: *Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza.
- MJSEA: *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, Madrid.
- MMAp: *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, Madrid.
- NAH: *Noticiario Arqueológico Hispánico*, Madrid.
- PLAV: *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, Valencia.
- RABM: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid.
- TV del SIP: *Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, Valencia.



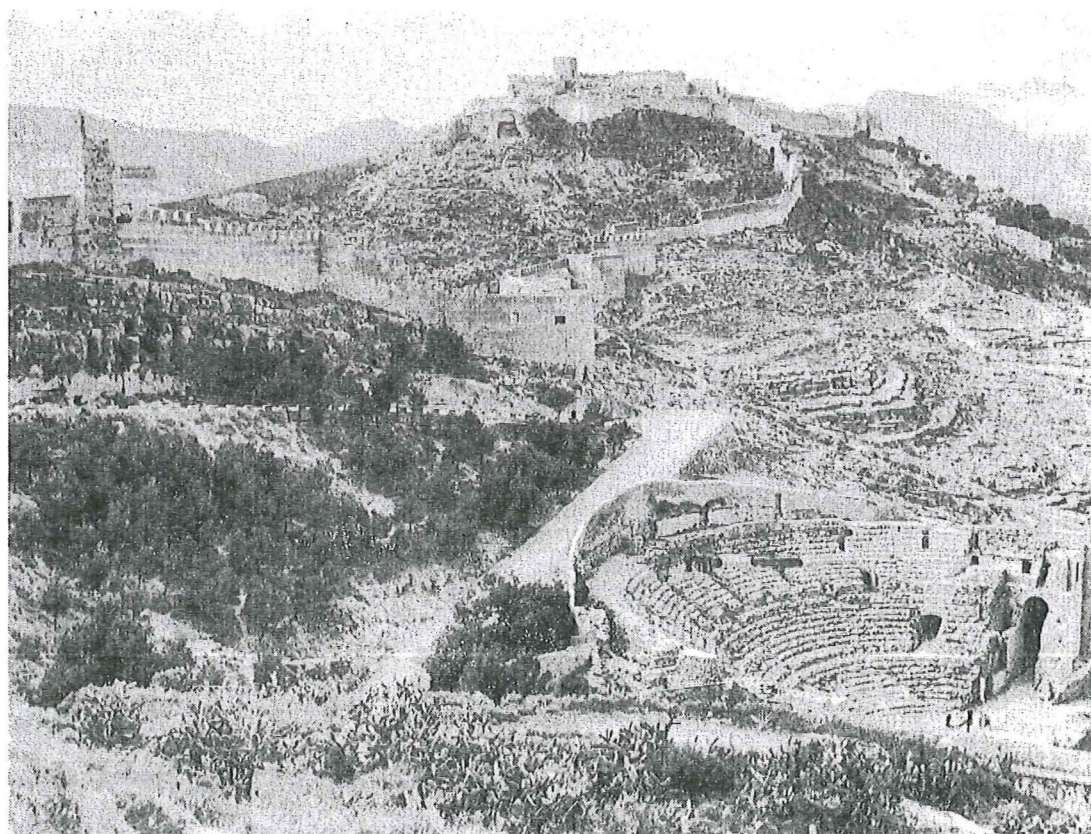
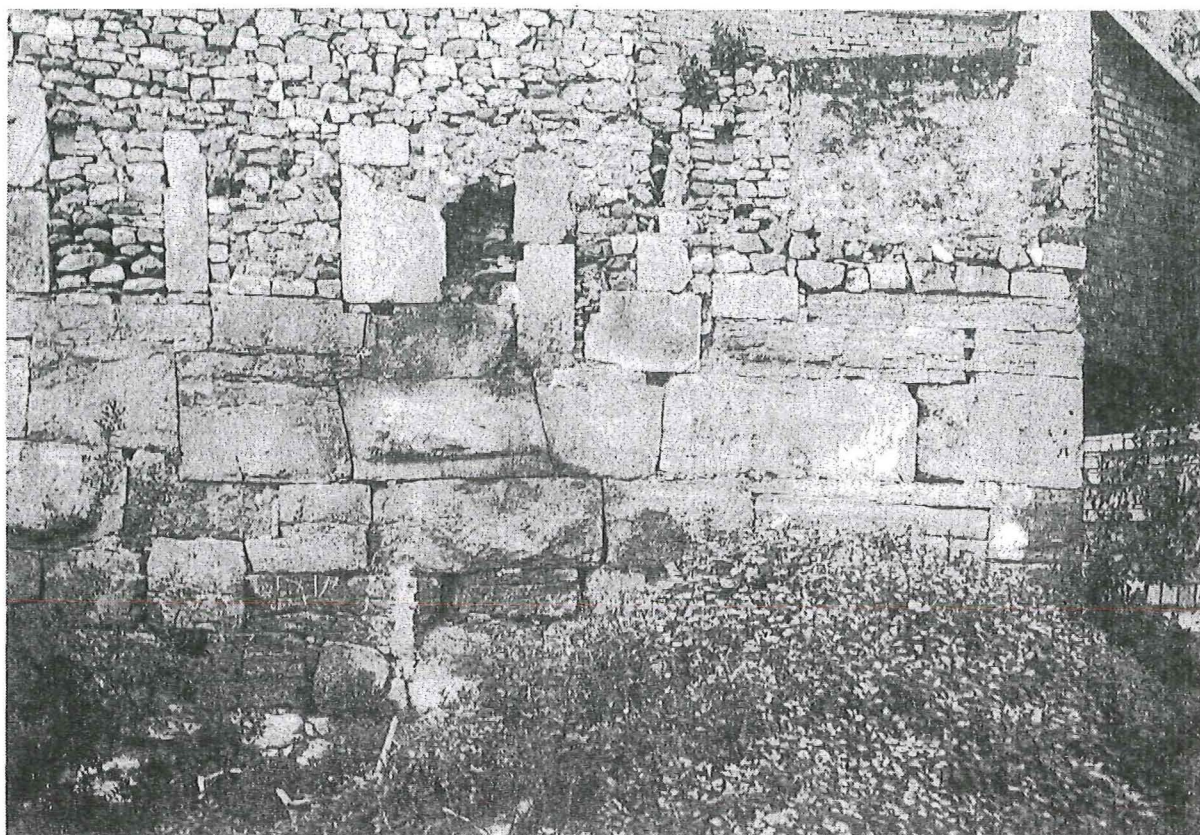
Mapa del Bajo Palancia (1:50.000). 1: Riera (Alfara de Algimia). 2: Canyá Ferrera (Alfara de Algimia). 3: El Rabosero (Torres-Torres). 4: Els Terrers (Estivella). 5: Beselga (Estivella). 6: Muntanyeta dels Arcs (Estivella). 7: La Caixa (Albalat dels Tarongers). 8: La Muntanyeta (Albalat dels Tarongers). 9: Tossalet de les Panses (Albalat dels Tarongers). 10: La Clocheta (Albalat dels Tarongers). 11: El Planet (Albalat dels Tarongers). 12: El Palmeral (Albalat dels Tarongers). 13: La Murta (Albalat dels Tarongers). 14: La Redona (Albalat dels Tarongers). 15: Mont del Calvari (Albalat dels Tarongers). 16: Rodana (Petrel). 17: Font de la Vidrera (Gilet). 18: Sabató (Sagunto). 19: Partida del Terror (Sagunto). 20: Cabeçol de Molvedre (Sagunto). 21: Montíber (Sagunto). 22: Sagunto. 23: El Rabosero (Sagunto).



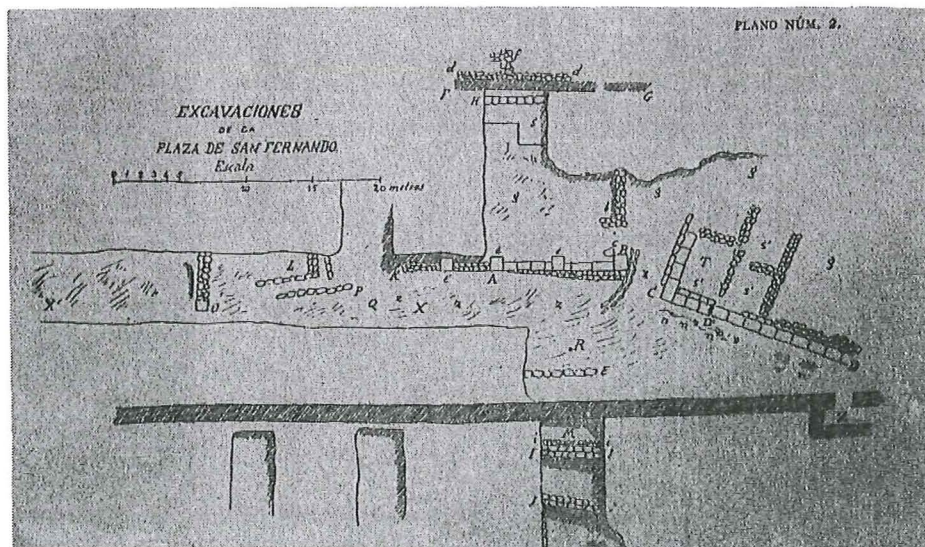
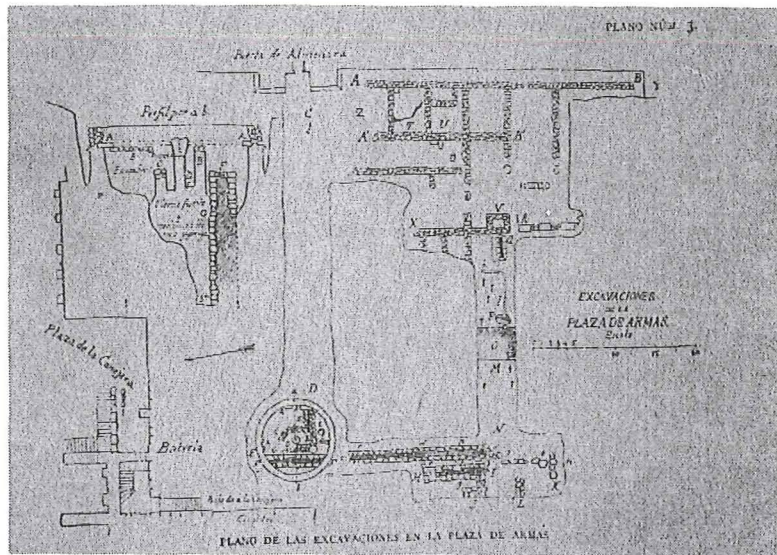
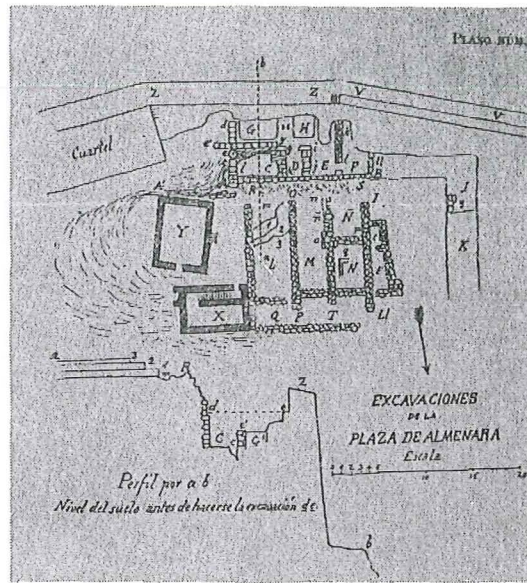
Toro hallado en la partida de Terrer. Museo de Sagunto. El Grau Vell.



1: Grau Vell; pie de skyphos ático con gráfico ibérico *te-bi-n*. 2: Fragmento de cerámica de barniz negro (foto Rouillard).

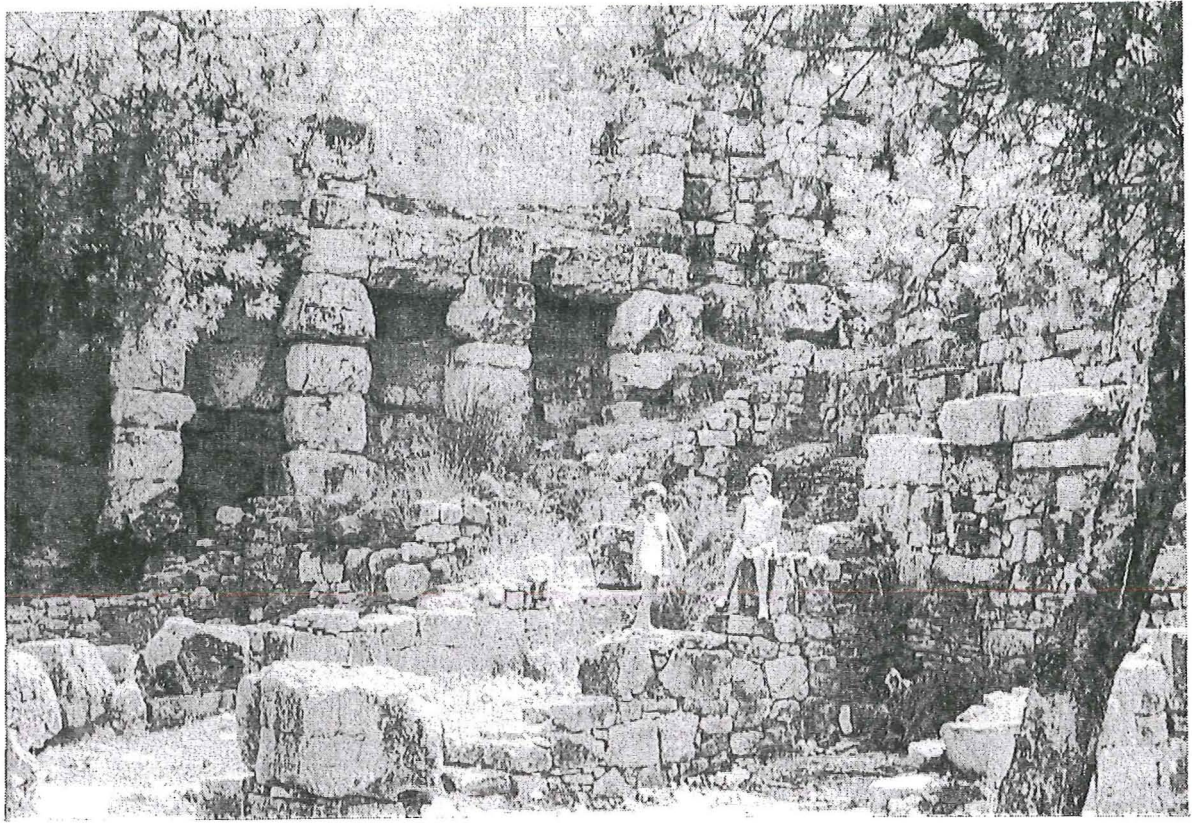


El llamado templo de Diana. Panorámica del Castillo de Sagunto (foto SIP).



Excavaciones en el Castillo de Sagunto.

LAMINA V

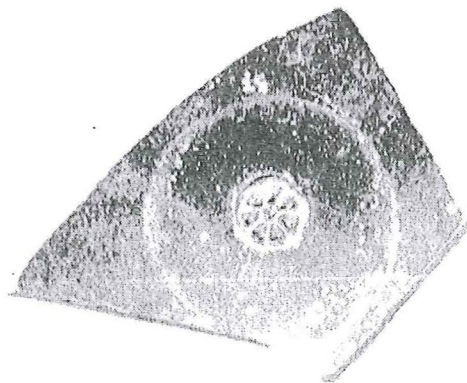
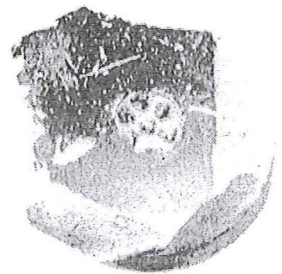
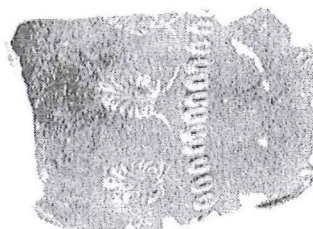
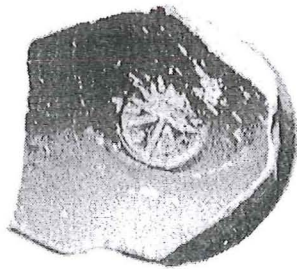


La muralla NO. de Sagunto.

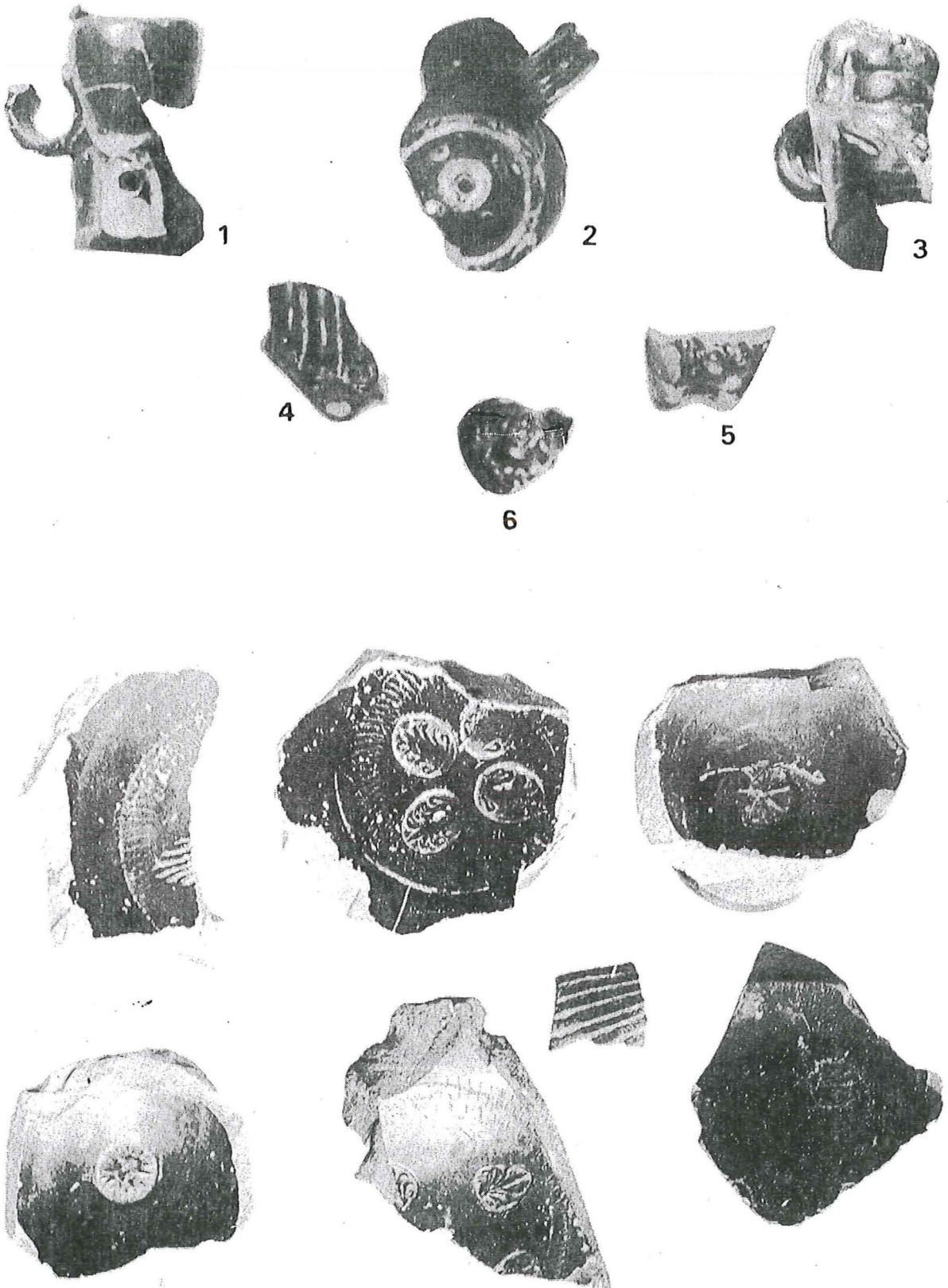


La muralla NO. de Sagunto.

LAMINA VII

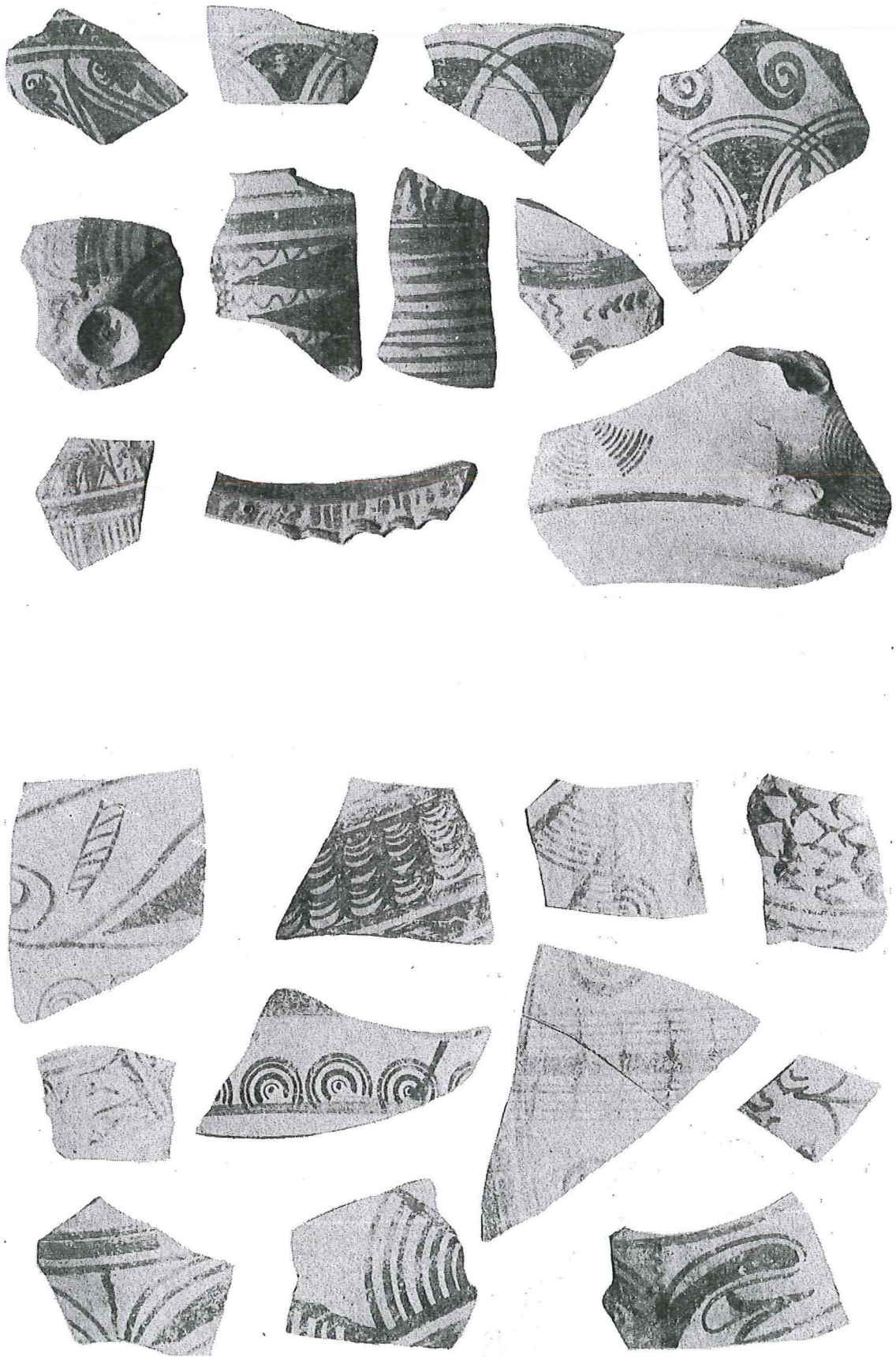


Cabecita de terracota, disco de terracota de tipo púnico y fragmentos de cerámica importada de Sagunto (fotos SIP).

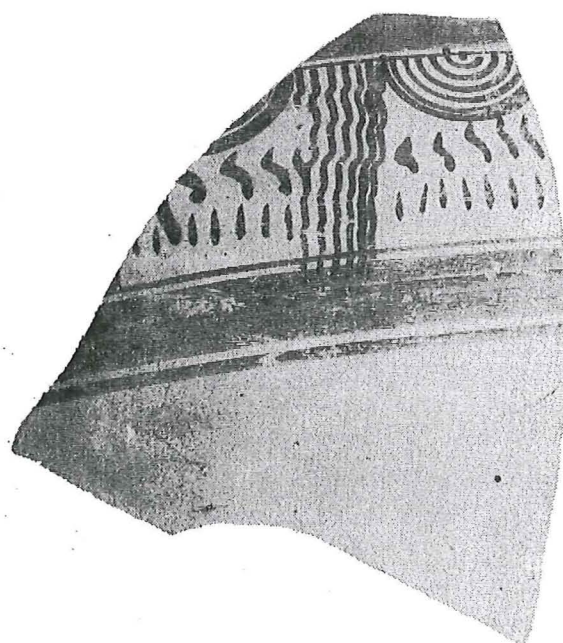
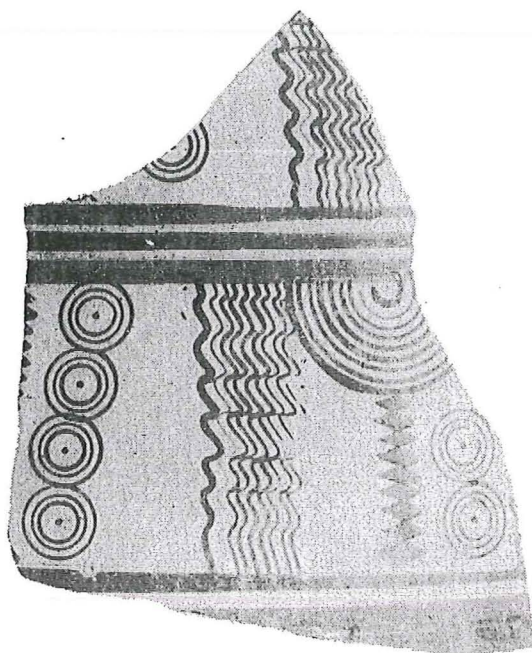


1: Fragmento de vaso plástico de barniz negro. 2: Fondo de pebetero. 3: Fragmento de vaso plástico de barniz negro representando a Baco. 4: y 5: Fragmento de askoi en forma de pie humano. 6: Cabeza de negro. Cerámica importada de Sagunto.

LAMINA IX

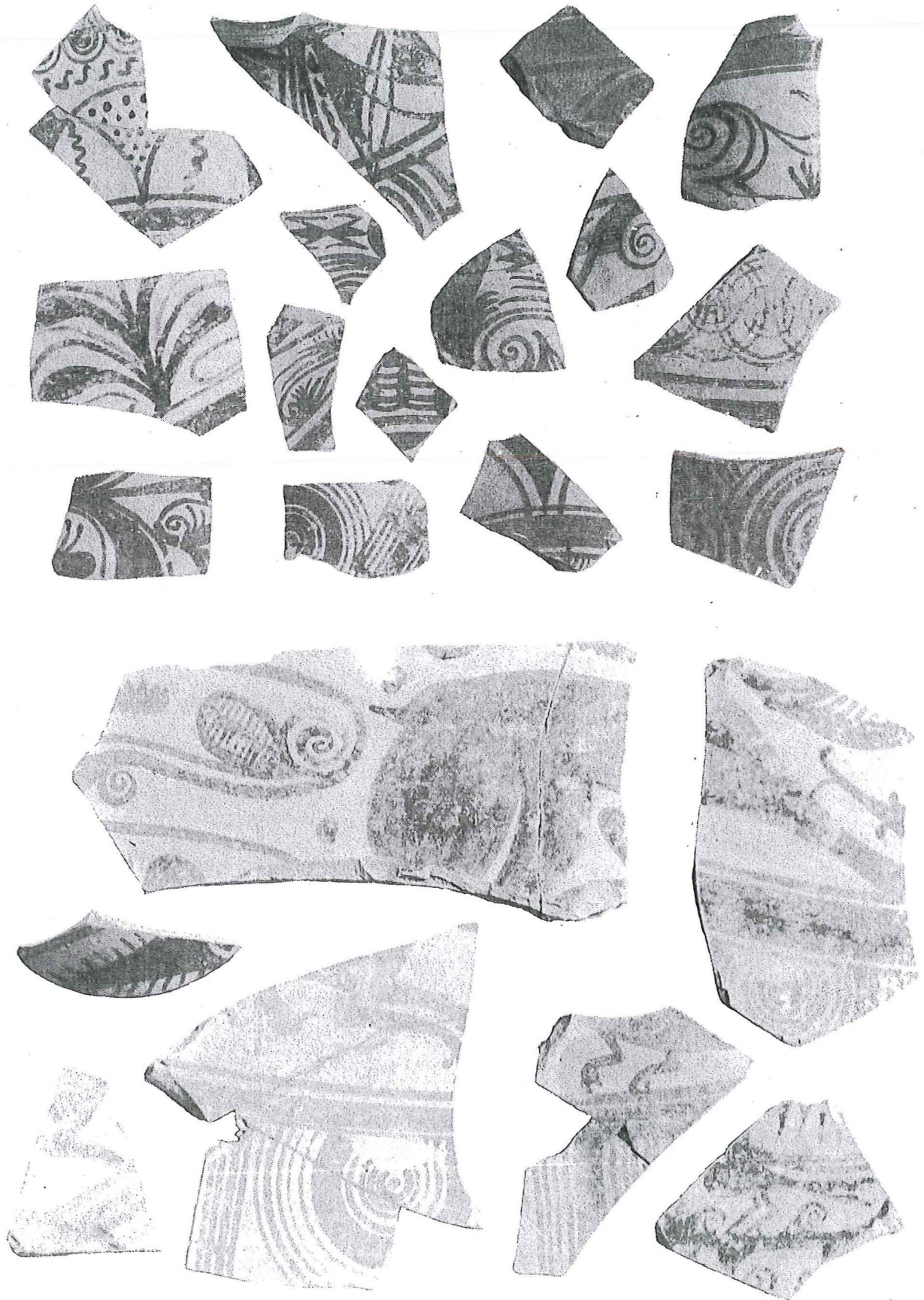


Fragmentos de cerámica ibérica con decoración figurada. Sagunto.

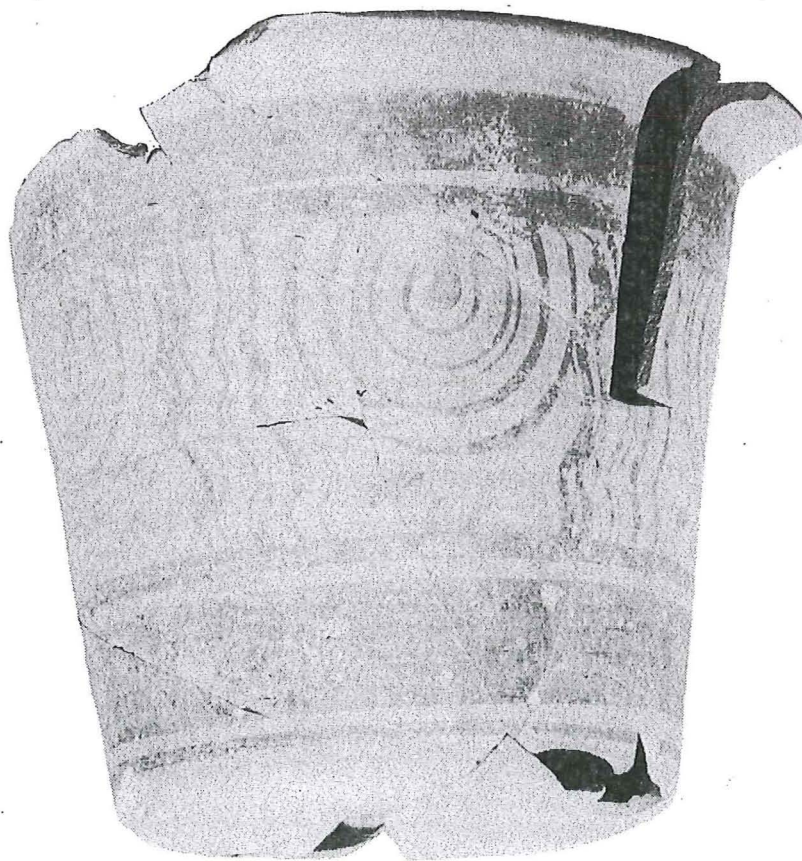
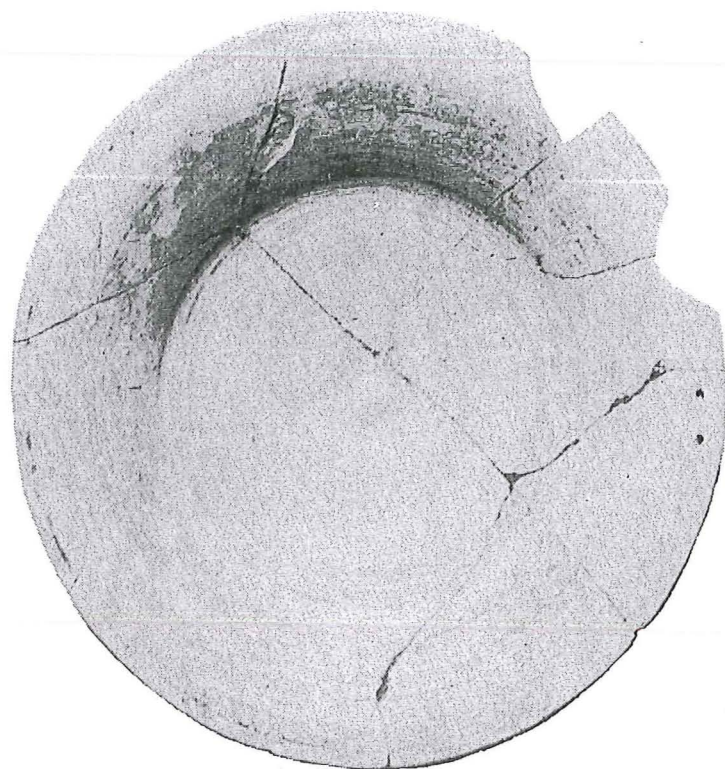


Fragmentos de cerámica ibérica con decoración figurada. Sagunto.

LAMINA XI



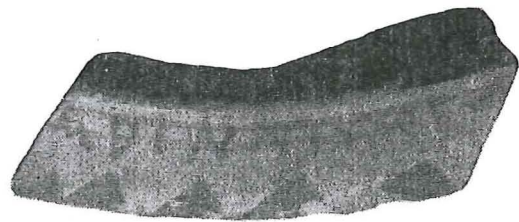
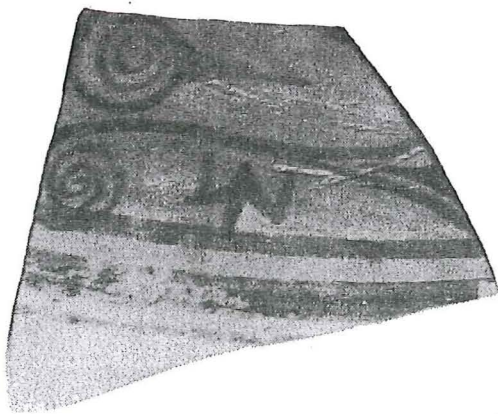
Fragmentos de cerámica ibérica con decoración figurada. Sagunto.



Plato y sombrero de copa de cerámica ibérica. Sagunto.



Plato y mortero de cerámica ibérica. Sagunto.



Pesos de telar y fragmentos cerámicos con signos ibéricos. Sagunto.